

A close-up, profile photograph of Ryszard Kapuściński, an elderly man with glasses, wearing a white button-down shirt. He is looking to the right with a thoughtful expression, and his hands are clasped together in front of him. A metal watch is visible on his left wrist.

R Y S Z A R D

KAPUŚCIŃSKI

LOS CINCO SENTIDOS
DEL PERIODISTA

(estar, ver, oír, compartir, pensar)



COLECCIÓN NUEVO PERIODISMO

SERIE LIBROS DEL TALLER

FUNDACIÓN PARA UN NUEVO PERIODISMO IBEROAMERICANO

**Los cinco sentidos del periodista
RYSZARD KAPUSCINZKI**

ÍNDICE

PRÓLOGO por Tomás Eloy Martínez • 5

INTRODUCCIÓN

Retrato de un encuentro, por Óscar Escamilla • 7

PARTE I: EL OFICIO

Los periodistas y los trabajadores de los medios • 13

Un mundo virtual • 14

Nosotros junto a los otros • 16

La formación del cazador furtivo • 17

Los contextos de nuestros textos • 18

PARTE II: LOS MEDIOS

De lo verdadero a lo interesante • 23

Una ocupación cualquiera • 24

Las oficinas del poder • 25

La humanidad y los medios • 26

La gran manada • 27

Peones manejados a distancia • 28

Cuestión de tiempo • 29

Simplificaciones • 30

Ver no es saber • 32

El espejo empañado • 33

Los buenos medios no han muerto • 35

PARTE III: EL NUEVO PERIODISMO

La mezcla creativa • 39

Un género con grandes precursores • 40

De las descripciones al ensayo • 41

Por cada página escrita, cien leídas • 42

Borrar los límites • 43

El doble taller • 44

Maneras de escribir • 46

Distintas clases de libros • 49

Los caminos de la intuición • 50

Historia de "El Emperador" • 51

Mirar de cerca • 51

Lenguaje y estructura • 52

PARTE IV: LA GLOBALIZACIÓN

Dos teorías para un fenómeno • 57

Un término manipulable • 59

El Estado en la mira • 60

La privatización de la violencia • 61

Burocracias globales • 62

Frontera: una palabra del pasado • 63

Después del 11 de septiembre • 63

Mentalidad de aldea • 65

Lo local, lo global y el periodismo • 66

PARTE V: LAS PREGUNTAS DEL TALLER

En busca del método • 71

Desde la trinchera • 75

La censura • 83

Consultorio de dilemas • 87

PROLOGO

En noviembre de 1994 Gabriel García Márquez convocó a un grupo de amigos en Cartagena de Indias y les habló de la pobreza que aquejaba al periodismo latinoamericano. "Cuando empecé en ese oficio -dijo- tuve grandes maestros que no me perdonaban un adjetivo fuera de lugar. Los jóvenes de ahora escriben a la buena de Dios. Nadie tiene tiempo para enseñarles."

Así nacieron la idea de la Fundación para un Nuevo Periodismo y la idea de sus talleres, que nueve años después suman centenares. Las lecciones de los maestros de la Fundación quedaron en la memoria y en las notas de los jóvenes que asistieron a esos cursos, y se transfiguraron en algunos de los mejores textos que han aparecido después en los periódicos del continente. Los talleres seguían siendo, sin embargo, infinitas riquezas abandonadas en los cementerios de las grabadoras, de los videos o de las relatorías más o menos fieles que los reflejaban.

Un año atrás, advertimos que la misión inicial de la Fundación podía irradiarse a través de libros que estuvieran al alcance de los periodistas que no habían asistido a los talleres y de los lectores comunes interesados en la compleja trama de talento, riesgo, investigación y conciencia que se mueve detrás de la escritura de la noticia más simple. El plan de una colección de libros avanzó hasta convertirse en cuatro series: los Libros del Taller, los Ensayos, las Antologías y los Diálogos, que irán apareciendo a razón de cuatro a cinco por año, gracias a la hospitalidad y a la comunidad de intereses intelectuales que unen a la Fundación con el Fondo de Cultura Económica. En este primer volumen de los Libros del Taller, de distribución gratuita, uno de los más grandes periodistas del último medio siglo, Ryszard Kapuscinski, concentra en pocas páginas la sabiduría de un oficio que en él se confunde con la propia vida. Esas mismas razones y pasiones serán el sello común -estamos seguros- de todos los libros de la colección.

INTRODUCCIÓN RETRATO DE UN ENCUENTRO ÓSCAR ESCAMILLA

Conocí a Ryszard Kapuscinski en octubre de 2002. Lo vi aparecer en el lobby de un lujoso hotel en el centro de Buenos Aires cuando salió del ascensor. Llevaba puesta una camiseta azul clara de manga corta, pantalones de dril de un azul tan profundo que casi eran grises y unos zapatos negros de amarrar de diseño colegial. Caminó hacia los que estábamos en la salita de espera y nos saludó con afecto de amigos de toda la vida.

Tenía la inquietud de ver cómo era físicamente Kapuscinski, pues como muchos lectores también había moldeado a voluntad la imagen y personalidad de uno de mis escritores preferidos. Para entonces ya había leído los únicos libros suyos traducidos al español, de los 21 que ha publicado: El Emperador, El Imperio, La guerra del fútbol. El sha. Ébano y uno más, que recoge charlas que dio en Italia, titulado Los cínicos no sirven para este oficio. De tal manera, la imagen que tenía de Kapuscinski se remitía a las fotos de las contraportadas de sus libros, a su escritura y a esa manera suya de ver el mundo. Pero ahora que lo tenía enfrente notaba que estaba más viejo que en aquellas fotos y que en sus ojos grises había una expresión particular.

Era una mirada cambiante, casi camaleónica. A veces la fijaba en su interlocutor mientras lo examinaba de arriba abajo y de abajo arriba, como si se tratara de la requisita de un experto en seguridad aeroportuaria; luego detenía sus pupilas en las del otro y prestaba atención a lo que éste decía. Si en la charla surgía una historia fascinante, la mirada de Kapuscinski se volvía de niño y le centellaba de puro asombro. Por instantes apartaba los ojos de quien estaba hablando y, sin perder el paso de la conversación, los clavaba en cualquier otro. Entonces bajaba la cabeza, levantaba las cejas y observaba por encima de sus lentes para decir, sin decirlo: "¿Entiendes lo que dice? Cierto que es interesante". Luego sonreía. Había un momento en que concentraba su mirada en una escena con tal fuerza que con ella podía traspasar la puerta metálica de una bóveda para saber qué había adentro. Y en otras ocasiones, como ocurrió al final del taller, sus ojos podían reflejar los fuegos artificiales de su interior cuando lo sorprendían con una pregunta o con un acto que removía sus sentimientos.

Pero no me fijé sólo en sus ojos: también en sus pequeños pies. Y no fui el único. Alguien me diría después que no había imaginado que un hombre cuya vida transcurrió en su mayor parte caminando el mundo tuviera unos pies tan pequeños.

Me costó trabajo figurar a ese hombre blanco avanzando con esos pequeños pies hacia la fila de niños negros que recogían agua en el extremo de un barrio miserable en Lagos. O recientemente llegado al aeropuerto y camino al centro de Vorkutá, en Rusia, bamboleándose en un autobús atestado de personas tan envueltas en abrigos de piel, para protegerse del frío, que parecían capullos meciéndose apretujados que de vez en cuando lo pisaban.

A diferencia de la mayoría de sus lectores, tuve yo la oportunidad de ampliar mi visión del escritor, y nunca dejó de sorprenderme. Recuerdo que el día que lo conocí en el lobby del hotel, tras el saludo Kapuscinski regresó a su cuarto a ponerse una gorra de beisbolista color caqui y unos lentes oscuros que ajustó en la parte superior de sus gafas. Con ese atuendo se integró al grupo que iba a ver un partido de fútbol en la cancha del Boca Juniors, la Bombonera. Al regresar alguien le dijo que en Buenos Aires

secuestraban mucho, "¡pero mucho!", según contaban los despachos noticiosos de agencias de prensa y las notas de televisión que había visto. Cuando la persona dejó de quejarse de la inseguridad argentina, Kapuscinski la tomó por el antebrazo y giró hasta que ambos quedaron frente a una ventana por la que se veía la calle. A continuación el maestro levantó la mano derecha y, juntando los dedos, dibujó el marco: "Seguramente -dijo- si uno se queda mirando un buen rato por esa ventana verá los secuestros que usted dice... Si ve alguno, no dude en denunciarlo".

Ésta sería la primera de una serie de lecciones que nos daría el maestro a lo largo del taller para reporteros de América Latina, motivo por el cual estábamos en Buenos Aires. Las siguientes las distribuyó en raciones para cada uno de los 16 periodistas, los cuatro oyentes y los invitados que nos reunimos la segunda semana de octubre con él. En los cinco días el maestro habló de la globalización, de los orígenes del Nuevo Periodismo, de las formas mestizas de relatar donde todos los géneros parecen mezclarse, de su método de trabajo en la construcción de El Emperador, de la dignidad del reportero, del respeto por el otro que decide abrir la puerta de su casa para contarnos su vida y del doble taller. Respondió a las preguntas que le hicimos y atendió con interés los relatos de cada participante sobre cómo hizo el texto que presentó en el taller. En los almuerzos nos contó historias y escuchó las nuestras, y nos dio una buena cantidad de títulos de libros para leer.

Se despidió de nosotros con lágrimas en los ojos un viernes caluroso después de que todos le escribiéramos mensajes y le firmásemos la camisa blanca que llevaba puesta. Tras una corta intervención para hablar del periodismo local, cerró el taller diciendo con voz entrecortada: "Espero que nos encontremos en futuras ocasiones. ¡Muchas gracias!" Los que estábamos allí nos levantamos de nuestros asientos y lo aplaudimos por largo rato, algunos llorando emocionados, y él apenas nos miró con ojos de niño sorprendido al que le acaban de dar un regalo que no esperaba.

El texto que sigue recoge los conceptos que Kapuscinski ofreció en el taller que dictó entre el 7 y el 11 de octubre de 2002, en Buenos Aires, Argentina, organizado por la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (fnpi), el Banco Interamericano de Desarrollo (bid) y la Fundación Proa. A ese material se agregaron intervenciones del gran maestro en otro taller, realizado en la sede de la fnpi en Cartagena de Indias, Colombia, con el apoyo del bid, en octubre de 2000, y en una conferencia que dictó el 8 de marzo de 2001 en la Universidad Iberoamericana de México.

Parte I

El oficio

LOS PERIODISTAS Y LOS TRABAJADORES DE LOS MEDIOS

Hace 50 años este oficio se veía muy diferente a como se percibe hoy. Se trataba de una profesión de alto respeto y dignidad, que jugaba un papel intelectual y político. La ejercía un grupo reducido de personas que obtenían el reconocimiento de sus sociedades. Un periodista era una persona de importancia, admirada. Cuando andaba por la calle, todos lo saludaban.

Algunos de los mayores políticos del mundo contemporáneo empezaron su carrera como periodistas y siempre se sintieron orgullosos de ello. El británico Winston Churchill trabajó como corresponsal en África antes de convertirse en uno de los grandes estadistas del siglo XX; lo mismo sucedió a algunos escritores como Ernest Hemingway, por ejemplo. Estos grandes hombres siempre reconocieron que sus carreras comenzaron en el periodismo, y nunca dejaron de sentirse periodistas. Pero

eso cambió en los últimos 20 años, a partir de una tremenda transformación en las prácticas de este oficio.

El periodismo escrito contemporáneo representa apenas una reducida porción del gran mundo de los medios. En ese campo, que además se halla en perpetua expansión, nosotros, los periodistas gráficos, ocupamos escaso lugar. Cada día es mayor el número de quienes se emplean en la televisión, especialmente entre los medios audiovisuales. A ellos se les aplica la denominación de media worker, ya que eso son trabajadores de los medios masivos.

A diferencia de aquel periodista de hace 50 años, este trabajador de hoy es una persona anónima. Nadie lo conoce, nadie sabe quién es. Eso se debe al cambio más importante que sucedió en sus rutinas de trabajo: el producto final que crea un trabajador de los medios masivos no es de su autoría sino que constituye el resultado de una cadena de gente como él que participó en la construcción de una noticia. Cada noticia que se emite por con ha sido trabajada por 30 o 40 personas anónimas; tanta gente participó en el proceso de transformar el material que no se puede establecer un autor de aquello que finalmente se vio en la pantalla de televisión.

Como consecuencia, en esta profesión se perdió algo tan central como el orgullo de lo personal. Ese orgullo implicaba también la responsabilidad del periodista por su trabajo: el hombre que pone su nombre en un texto se siente responsable de lo que escribió. En cambio, en la televisión y en las grandes cadenas multimedia, de igual modo que en las fábricas, esta responsabilidad personal ya no existe.

UN MUNDO VIRTUAL

Al mismo tiempo, la relevancia de los medios crece a medida que avanza el siglo. Los jóvenes periodistas que hoy se desempeñan en el pequeño territorio de la prensa escrita van a trabajar en una civilización donde nuestra tarea importará cada día más por dos razones: la primera, porque es una, profesión a través de la cual se puede manipular a la opinión pública; la segunda, porque los mecanismos de los medios construyen un mundo virtual que reemplaza al mundo real.-.

La manipulación de los modos en que piensa la gente, una práctica de enorme difusión, se emplea en numerosos sentidos y medidas. Ya no existe la censura como tal, con excepción de ciertos países; en su lugar se utilizan otros mecanismos -que definen qué destacar, qué omitir, qué cambiar- para manipular de manera más sutil. Eso importa a los poderosos de este mundo, siempre tan atentos a los medios, porque así dominan la imagen que dan a conocer a la sociedad y operan sobre la mentalidad y la sensibilidad de las sociedades que gobiernan.

Con respecto a la construcción del mundo virtual, es valioso recordar que hasta 30 o 40 años atrás hombres y mujeres conocíamos la historia que nos enseñaban en las escuelas y a través del relato de nuestras familias, dos vertientes que formaban parte de la memoria colectiva de las sociedades a las que pertenecíamos. Hoy, en cambio, con el desarrollo de los medios, vivimos en un mundo donde la historia se ha vuelto doble, donde conviven dos historias simultáneas: aquella que aprendimos en la escuela y en la familia, de manera personal, y la que nos inculcan los medios, que fijamos a veces subconscientemente- a través de la televisión, la radio, los métodos de distribución electrónica. El gran problema se presenta cuando, con el tiempo, esta acumulación de construcciones de los medios nos hace vivir cada vez menos en la historia real y cada vez más en la ficticia. Es la primera vez que algo así ocurre a la

humanidad. Enfrentamos un fenómeno cultural del que no sabemos cuáles podrán ser sus consecuencias.

La revolución de los medios ha planteado el problema fundamental de cómo entender el mundo. Convertida en una nueva fuente de la historia, la pequeña pantalla del televisor elabora y relata versiones incompetentes y erróneas, que se imponen sin ser contrastadas con fuentes auténticas o documentos originales. Los medios se multiplican a una velocidad mucho mayor que los libros con saberes concretos y sólidos.

Como ejemplo tenemos los trágicos acontecimientos que tuvieron lugar en Ruanda en 1994. Una de las masacres más grandes del siglo XX sucedió durante tres meses en un país pequeño y desconocido, muy adentro del enorme continente de África, de estructura sociológica muy complicada, con una historia cultural y étnica peculiar que muy pocas personas conocían. También es muy poca la gente que sabe lo que realmente pasó allí: algunos académicos, algunos especialistas en asuntos africanos. Un grupo muy reducido que quedó ciertamente asombrado de la falsedad con que se dio a conocer el horror que vivió Ruanda cuando la noticia se difundió por el mundo.

Millones y millones de personas en todos los continentes aprendieron una historia irreal de esos acontecimientos a través de las noticias que mostró la televisión. Esa construcción ficticia fue la única historia que conocimos, la única que hubo y quedó, porque las voces alternativas -los pocos libros que aparecieron sobre Ruanda de antropólogos, sociólogos y otros especialistas- no pueden ofrecer la misma accesibilidad que los medios masivos. La gente común conoce la historia del mundo a través de los grandes medios.

Como ésa, cada vez más historias virtuales ocupan el lugar del mundo real en nuestro imaginario. Esas manipulaciones nos alejan de las historias y problemas reales que suceden en las diversas civilizaciones. Vivimos en un mundo de tantas culturas que solamente un reducido grupo de especialistas es capaz de entender y aprender algo de lo que está pasando. El resto accede al discurso fragmentado y superficial que los grandes medios condensan en un minuto: se trata de un problema que seguiremos sufriendo mientras las noticias muevan tanto dinero, estén influidas por el capital y compitan como productos de los dueños de los medios.

NOSOTROS JUNTO A LOS OTROS

Sin embargo, nada más alejado del sentido básico del periodismo. Lo que nosotros hacemos no es un producto, ni tampoco una expresión del talento individual del reportero. Tenemos que entender que se trata de una obra colectiva en la que participan las personas de quienes obtuvimos las informaciones y opiniones con las que realizamos nuestro trabajo. Por supuesto que un periodista debe tener cualidades propias, pero su tarea va a depender de los otros: aquel que no sabe compartir, difícilmente puede dedicarse a esta profesión.

El periodismo, en mi opinión, se encuentra entre las profesiones más gregarias que existen, porque sin los otros no podemos hacer nada. Sin la ayuda, la participación, la opinión y el pensamiento de otros, no existimos. La condición fundamental de este oficio es el entendimiento con el otro: hacemos, y somos, aquello que los otros nos permiten. Ninguna sociedad moderna puede existir sin periodistas, pero los periodistas no podemos existir sin la sociedad.

De allí se deriva que una condición fundamental para ejercer este oficio consiste en ser capaz de funcionar en conjunto con los otros. En la mayor parte de los casos nos convertimos en esclavos de situaciones donde perdemos autonomía, donde dependemos de que otro nos lleve a un lugar apartado, de que otro decida hablarnos acerca de aquello que estamos investigando. Un periodista no puede ubicarse por encima de aquellos con quienes va a trabajar: al contrario, debe ser un par, uno más, alguien como esos otros, para poder acercarse, comprender y luego expresar sus expectativas y esperanzas.

El mejor camino para obtener información pasa por la amistad, decididamente. Un periodista no puede hacer nada solo, y si el otro es la única fuente del material en que luego habrá de trabajar, es imprescindible saber ponerse en contacto con ese otro, conseguir su confianza, lograr cierta empatía con él. Durante mi experiencia profesional tuve muchos amigos que carecían de esta disposición de hacer amigos entre la gente, y tuvieron que dejar el periodismo porque no pudieron hacer mucho. Esta característica viene acompañada por uno de los misterios de nuestro oficio: qué pasa cuando el otro tiene una visión sesgada de los hechos, o intenta manipularnos con su opinión. Para prevenir esto no existe receta alguna, porque todo depende de las situaciones, que es como decir de un montón de cosas. La única medida que se puede tomar, si tenemos el tiempo, consiste en juntar la mayor cantidad de opiniones, para que podamos equilibrar y hacer una selección.

Por último, conviene tener presente que trabajamos con la materia más delicada de este mundo: la gente. Con nuestras palabras, con lo que escribimos sobre ellos, podemos destruirles la vida. Nuestra profesión nos lleva por un día, o acaso por cinco horas, a un lugar que después de trabajar dejamos. Seguramente nosotros nunca regresaremos allí, pero la gente que nos ayudó se quedará, y sus vecinos leerán lo que hemos escrito sobre ellos. Si lo que escribimos pone en peligro a esas personas, tal vez ya no puedan vivir más en su lugar, y quién sabe si habrá otro sitio adonde puedan ir.

Por eso escribir periodismo es una actividad sumamente delicada. Hay que medir las palabras que usamos, porque cada una puede ser interpretada de manera viciosa por los enemigos de esa gente. Desde este punto de vista nuestro criterio ético debe basarse en el respeto a la integridad y la imagen del otro. Porque, insisto, nosotros nos vamos y nunca más regresamos, pero lo que escribimos sobre las personas se queda con ellas por el resto de su vida. Nuestras palabras pueden destruirlos. Y en general se trata de gente que carece de recursos para defenderse, que no puede hacer nada.

LA FORMACIÓN DEL CAZADOR FURTIVO

Junto a esa sensibilidad es valioso mantener una actitud humilde sobre lo que hacemos porque en esta profesión la experiencia no se acumula. A diferencia de otras actividades, donde en ocasiones es posible afirmar que alguien ha conseguido mucho, en el periodismo nunca sabemos en realidad qué hacer, cómo actuar, cómo escribir. En cada artículo, cada reportaje, cada crónica, siempre estaremos empezando de nuevo, desde cero. Ni siquiera los libros que escribimos escapan a esta regla: ninguno nos va a servir mucho para el que sigue. Siempre estaremos al principio, nunca podremos estar contentos.

En esta profesión los estudios nunca se acaban. En medicina, en ingeniería o en administración se puede decir que, en algún punto, las carreras terminan; en periodismo esto no es así porque este oficio se ocupa de nuevos datos, nuevos hechos

y nuevos problemas. Mientras el mundo progresa y se mueve, nosotros estamos dentro de esos cambios porque la sociedad espera que lleguemos a ella para que contemos qué está pasando, para que interpretemos qué quiere decir la novedad. Eso nos impone la obligación de estudiar, permanentemente y de todo. El periodista es un cazador furtivo en todas las ramas de las ciencias humanas.

Antropología, sociología, ciencias políticas, psicología, literatura... Debemos estudiar cualquier disciplina que necesitemos, porque nuestra profesión es transparente: todos ven cómo escribimos, es decir, cómo estudiamos, cómo investigamos, cómo reflexionamos. Y el lector vota cada día sobre nuestra suerte profesional. No cada cuatro o seis años, como les sucede a los presidentes, sino cada día.

El lector es una persona activa, con sus opiniones y sus preferencias, que compra el periódico y pierde su tiempo leyéndonos porque confía en que allí va a encontrar respuestas a sus preguntas. Si no las halla dejará de leer el periódico o al periodista; pero si las encuentra quedará muy agradecido y con el tiempo empezará a reconocer nuestros nombres. De ese modo construimos nuestra posición en este oficio.

LOS CONTEXTOS DE NUESTROS TEXTOS

Pero no sólo los periodistas dependemos de los otros para escribir y para que nos lean: también el texto periodístico depende, como ningún otro, de su contexto. El texto periodístico funciona en su pleno valor en determinada ubicación y en determinado momento; en otros pierde muchos de sus valores automáticamente.

En primer lugar existe el contexto de la revista o el periódico para los cuales fue escrito. Cada medio tiene sus principios y filosofías; también tiene características formales que permiten que ese texto periodístico se comprenda mejor a la luz de un editorial o de otros textos que expliquen antecedentes, informaciones complementarias o interpretaciones que quedaron fuera, ya que no es posible decirlo todo en un artículo.

En segundo lugar cuenta el tiempo: los textos escritos hace tres, cuatro o cinco meses no tienen el mismo valor que el de ayer. Eso es irremediable. Por eso varios escritores y periodistas tratan de salvar sus escritos. de esa extinción publicando libros, un soporte que da a los textos la posibilidad de evitar la matanza del tiempo.

También los lectores constituyen el contexto de un texto periodístico. Al escribir nos preguntamos a quién dirigimos un artículo. Si el lector de un texto sobre el presidente Hugo Chávez es un venezolano, sería una estupidez llenarlo de detalles que seguramente conoce. Para quienes vivimos en otros países, al contrario, esos detalles son indispensables si queremos discutir sobre el artículo.

Por último, un artículo se inscribe en el conjunto de los textos que produce su autor. No podemos decir mucho de un periodista por un único texto. Hay que relativizar la crítica, porque un texto es una muestra limitada, pequeña, de un periodista.

Parte II Los medios

DE LO VERDADERO A LO INTERESANTE

Nuestro oficio comenzó a cambiar como consecuencia de la revolución tecnológica que permitió transmitir la noticia de manera fácil e inmediata. Los canales electrónicos hicieron posible que las noticias viajaran rápidamente y sin problema de un lugar a otro del mundo, en una transformación radical: décadas atrás, lograr que en el periodismo la noticia llegara a su destino final era en sí el tema para una crónica. Egon Erwin Kisch, corresponsal checo-alemán de principios del siglo xx, un clásico de nuestra profesión en el ámbito mundial, escribió en sus memorias que el trabajo de enviar la noticia en ocasiones resultaba más fascinante que el reportaje mismo. Con la revolución tecnológica este tema dejó de existir.

Pero hay una segunda razón para el cambio de nuestro oficio, acaso la más importante: que la noticia se convirtió en un buen negocio. Este acontecimiento tiene suma importancia, ya que al descubrimiento del enorme valor económico de la noticia se debe la llegada del gran capital a los medios de comunicación. Normalmente el periodismo se hacía por ambición o por ideales, pero de repente se advirtió que la noticia era negocio, que permitía ganar dinero pronto y en grandes cantidades. Eso cambió totalmente nuestro ambiente de trabajo.

Cuando el gran capital llegó a nuestra profesión configuró redes de comunicación masiva que dividieron el campo de la noticia en dos sectores desiguales: los grandes multimedia y los pequeños medios marginados. La dirección de esos grandes multimedia quedó en manos de personas que no venían del periodismo ni se interesaban en esta profesión, sino que la veían como una mera herramienta, un instrumento para obtener ganancias altas y rápidas. Por eso los reporteros carecen de un lenguaje común con las cabezas de los medios, administradores de negocios que ni siquiera dominan el vocabulario del oficio.

Eso creó una brecha entre los dueños y gerentes de los medios y nosotros, los periodistas, porque ellos persiguen otros intereses y objetivos.

Hoy, al cronista que llega de hacer una cobertura su jefe no le pregunta si la noticia que trae es verdadera, sino si es interesante y si la puede vender. Éste es el cambio más profundo en el mundo de los medios: el remplazo de una ética por otra.

Nuestra profesión siempre se basó en la búsqueda de la verdad: el valor de la noticia o del texto era dar cuenta de la verdad. Muchas veces la información funcionó como un arma en la lucha política, por la influencia y por el poder. Pero hoy, tras el ingreso del gran capital a los medios masivos, ese valor fue remplazado por la búsqueda de lo interesante o lo que se puede vender. Por verdadera que sea una información, carecerá de valor si no está en condiciones de interesar a un público que, por otro lado, es crecientemente caprichoso.

Así se ha trivializado el valor de la palabra. El problema actual de la comunicación no es que se escamotee la verdad sino que la palabra ya no tiene el peso de antes. En la época comunista la prensa soviética tenía cuatro páginas, y si en ellas aparecía algún artículo crítico, alguien iba a un campo de concentración. Cada palabra tenía valor de vida o muerte. Ahora se puede escribir sobre cualquier cosa y, en un contexto de sobreabundancia y entretenimiento, a nadie le importa. En Polonia la prensa escribe

que un ministro es un mentiroso y nada pasa, el ministro sigue haciendo lo que quiere, firme en su puesto.

UNA OCUPACIÓN CUALQUIERA

Ahora que la información es una mercancía bajo las leyes del mercado, es decir, destinada a obtener una rentabilidad máxima y apuntar al monopolio, los antiguos héroes del periodismo han sido remplazados, en buena medida, por un nutrido número de esos anónimos trabajadores de los medios que ya mencionamos. Hoy el soldado de nuestro oficio no investiga en busca de la verdad, sino con el fin de hallar acontecimientos sensacionales que puedan aparecer entre los títulos principales de su medio.

Recuerdo la primera conferencia de jefes de Estado de África, celebrada en 1963. Llegaron periodistas del mundo entero para cubrirla: nos reunimos unos 200 enviados especiales y corresponsales de los grandes diarios, agencias de prensa y cadenas de radio. También había varios realizadores de crónicas cinematográficas, pero no recuerdo equipos de televisión. Había auténticos maestros de la pluma, expertos en los problemas de determinados países. Hoy tengo la impresión de que aquella gran reunión de reporteros del mundo fue el cierre de una época en la que el periodismo se vivía como una noble vocación a la que las personas se entregan plenamente y para toda la vida.

Hoy miles y miles de personas recopilan y hacen circular informaciones, y también se han multiplicado las escuelas de periodismo que año tras año lanzan a nuevos ejecutores de esas tareas. Sin embargo, el periodismo ha dejado de ser una misión y muchas de las personas que trabajan en los medios lo consideran una ocupación como cualquiera otra, que bien pueden abandonar para ingresar a una agencia de publicidad o ser corredor de bolsa.

LAS OFICINAS DEL PODER

Con los hombres de negocios en el lugar de los románticos buscadores de la verdad que antes dirigían los medios, algunos cambios se hicieron visibles a los ojos de quienes conocían desde antes las redacciones de los diarios o los estudios de la radio y la televisión.

En el pasado los medios se instalaban en edificios de segunda categoría y disponían de espacios estrechos y mal acondicionados donde se afanaban los periodistas, casi siempre mal vestidos y sin dinero en el bolsillo. Hoy un canal de televisión perteneciente a las grandes cadenas ocupa suntuosos palacios llenos de mármoles y espejos, por cuyos silenciosos pasillos el visitante es conducido por deslumbrantes asistentes. En estos ámbitos se concentra el poder que antes ostentaban sólo los jefes de gobierno.

Actualmente el poder está en manos de quien posea un estudio de televisión, un diario, una radio. En el mundo contemporáneo, tener medios de comunicación significa tener poder. Por eso los que se sublevaron contra los regímenes antidemocráticos en Europa y Asia no trataron de tomar las sedes presidenciales o parlamentarias, sino que fueron directamente a conquistar los canales de televisión.

Esta enorme y creciente influencia de los medios, en particular electrónicos, se ha advertido mejor que en otro ámbito en el mundo político, que lucha por tener más

presencia en el público general a través de los medios de comunicación. Las elecciones en los Estados Unidos constituyen un buen ejemplo de cómo los medios masivos influyen no sólo en la presentación sino en el manejo de la vida política. Allí se ve con claridad cómo los políticos se ajustan a las demandas de los medios de comunicación, y cómo esa influencia es un arma de doble filo: a veces les da buenos resultados, y a veces malos. Es una herramienta complicada.

LA HUMANIDAD Y LOS MEDIOS

Sin ignorar ese aspecto, quiero señalar que en las discusiones sobre el poder de los medios se dedica demasiada atención a cuestiones como las leyes de mercado o la audiencia, y muy poca a los aspectos humanos. No soy un teórico de los medios sino un periodista y escritor que desde hace 40 años elabora y consume información, y desde esa experiencia advierto un problema de proporciones. Creo que la afirmación - bastante generalizada- de que toda la humanidad vive pendiente de los medios es desmedida. Incluso cuando hay acontecimientos, como la inauguración de los Juegos Olímpicos, que llegan a 2 000 millones de personas, hay que admitir que esa cifra constituye una tercera parte de la población del planeta.

Otras transmisiones de la televisión sobre grandes acontecimientos pueden ser vistas por 10 o 20 por ciento de los habitantes de la Tierra: masas enormes de gente, evidentemente, pero por cierto no toda la humanidad. Hay cientos de millones de seres que viven totalmente aislados de los medios o que entran en contacto con ellos sólo cada muerte de obispo.

Me tocó vivir en muchos lugares de África donde no hay televisión, radio ni periódicos. Existen también grandes extensiones de Asia en las cuales la televisión funciona solamente dos o cuatro horas al día. En Mongolia, si bien hay emisoras, los televisores que tiene la gente son tan malos que no pueden recibir las señales de los programas. Y recuerdo que cuando Leonid Brezhnev gobernaba la URSS, en Siberia no se interferían los programas que emitían las radios occidentales: nadie los escuchaba por falta de receptores.

Gran parte de la humanidad vive aislada de los medios y no tiene que preocuparse por la manipulación de la opinión pública o por el efecto que las series saturadas de violencia pueden producir en la educación de sus hijos. Además, en muchas partes del mundo la televisión tiene como única función divertir, por lo cual los televisores se encuentran ante todo en bares y restaurantes. La gente suele ir a tomar una copa y mirar de reojo el aparato, y a ninguno siquiera se le ocurre esperar que los programas sean serios o eduquen, como tampoco nosotros esperamos semejante cosa de una función de circo.

LA GRAN MANADA

Esa equivocada identidad entre los medios y el mundo condujo a un equívoco mayor: a medida que su negocio se hacía más grande e importante, los medios empezaron a encerrarse en una vida propia y desvinculada de la realidad. Si antes la prensa tenía por fin reflejar el mundo, ahora los grandes medios se limitan a reflejar su mundo compitiendo entre ellos. Ya no les interesa tanto lo que sucede afuera, sino que los demás medios no se les adelanten, que no publiquen algo que ellos no tienen.

Una gran manada de trabajadores de medios se mueve, como un grupo, de un lugar a otro del mundo, creando una brutal centralización de la noticia. Para competir entre sí los medios andan siempre en banda, como resultado de lo cual cada uno mira al otro y ninguno mira al mundo. De ahí que, si en el mundo ocurren varios acontecimientos a la vez, los medios sólo cubren un hecho: el que atrae a la manada.

Más de una vez fui miembro de esa manada -lo describí en mi libro La guerra del fútbol- y vi de qué manera funciona. Recuerdo la crisis generada por la toma de rehenes norteamericanos en Teherán: aunque nada sucedía en la capital de Irán, miles de enviados especiales de medios del mundo permanecieron allí durante meses. Esa misma manada se trasladó años después al Golfo Pérsico, durante la guerra, aunque los norteamericanos no dejaban que nadie se acercase al frente; en ese mismo momento sucedían cosas terribles en Mozambique y en Sudán, pero a nadie le importó porque la manada estaba en Kuwait e Irak. Algo similar ocurrió en Rusia durante el golpe, en 1991: el mundo ignoró los acontecimientos auténticamente importantes, las huelgas y manifestaciones en San Petersburgo, porque los enviados de los medios esperaban que algo ocurriese en Moscú, y no se movían aunque la calma era casi absoluta.

PEONES MANEJADOS A DISTANCIA

El desarrollo de las técnicas de comunicación -sobre todo la telefonía móvil y el correo electrónico- cambiaron radicalmente las relaciones entre los trabajadores de los medios y sus jefes. Antes el corresponsal de un diario, de una agencia de prensa o de una emisora disponía de gran libertad y podía desarrollar su iniciativa personal: él buscaba la información, la seleccionaba y la elaboraba. Actualmente, y cada vez en mayor proporción, esos enviados se han convertido en simples peones, cuyos jefes mueven a través del mundo desde una central que puede estar en el otro extremo del planeta.

Esos jefes, por su parte, disponen de informaciones mediadas por muchas fuentes, y pueden formarse una imagen de los acontecimientos muy distinta de la que tiene el reportero en el lugar. En el vértigo de la competencia por la noticia, el jefe no puede esperar pacientemente a que el reportero termine su labor: por eso le informa a distancia sobre el desarrollo de los acontecimientos que el enviado está viendo y lo único que espera recibir de él es la confirmación de la imagen que han construido en la oficina central. En definitiva, el tema que se cubre es remplazado por los problemas del mensajero. Lamentablemente, como se quejaba el canadiense Marshall McLuhan, el medio es el mensaje.

Cuando estuve en Ruanda, durante la matanza de 1994, noté que muchos periodistas, de tan conectados con su central por teléfonos y correo electrónico, no veían lo que pasaba en el lugar. Llamaban a sus jefes en Nueva York, Londres o Madrid, quienes les decían que necesitaban confirmar esta u otra noticia que les había llegado. Ya no eran reporteros: sólo seguían órdenes de unos jefes que ni siquiera sabían dónde quedaba Ruanda. Pero en mi experiencia los mejores reportajes se escriben cuando la oficina central ni siquiera sabe dónde está uno. Siempre traté de huir de esa gente que no conocía la realidad del lugar donde me encontraba.

De manera adicional, cuando los medios se cierran sobre sí mismos y remplazan el problema de la sustancia por el de la forma, sustituyen la filosofía por la técnica. Los debates se reducen a cómo editar, cómo relatar y cómo imprimir; se discute sobre técnicas de edición, sobre bases de datos y la capacidad de los discos duros. No se

habla, sin embargo, del meollo de aquello que quieren editar e imprimir. Hace años, viviendo en México, me hice amigo del corresponsal de una cadena de televisión norteamericana. Una vez lo encontré filmando unos choques entre estudiantes y policías en la calle, y le pregunté qué estaba sucediendo. "No tengo la menor idea", me respondió sin dejar de filmar. "Yo solamente estoy rodando. Me limito a captar las imágenes, las envié a la central y ahí hacen lo que les parece con el material."

CUESTIÓN DE TIEMPO

Ése es un problema acuciante de nuestra profesión: a los periodistas se les da muy poco tiempo para juntar la información con que escribirán la noticia o la crónica. Si se quiere hacer las cosas bien, con la profundidad que requiere el ejercicio de esta profesión, hace falta contar con tiempo. No se puede mandar a un periodista a un lugar por un día y esperar que logre una visión real de las cosas. He ahí la lucha permanente entre los editores y los reporteros: unos consideran que es suficiente un día de investigación para producir un artículo; los otros sabemos que eso no es posible.

Como en toda tarea creativa -como para pintar un cuadro, filmar una película, componer una obra musical, escribir un libro- se necesita tiempo. La disponibilidad de tiempo nos permite hablar con más gente, leer más documentos, observar más, pensar más: trabajar en serio. Del otro lado, resolver las cosas en poco tiempo conduce a la superficialidad y la falsedad, desgraciadamente abundantes en nuestra profesión. A veces los lectores se preguntan: "¿Qué dice este tipo? ¿Cómo pudo escribir algo tan alejado de la realidad?" Y no hay manera de aclararles que la responsabilidad no recae en el reportero, sino que las condiciones en las que debió hacer su trabajo tienen la culpa de esos resultados.

El periodista se halla bajo la presión de jefes que le dicen que si no tiene material de portada, lo sacan. Yo estoy en contra de esa clase de prensa sensacionalista, porque pasa por alto que un periodista es un ciudadano que, como cualquier otro, debe velar por el bien común. No debe movernos sólo la responsabilidad profesional, sino también la ciudadana que nos hace preguntarnos si lo que hacemos es bueno para nuestra comunidad, para nuestra nación.

Para peor, la práctica del periodismo es tan feudal que hay que esperar años y años, a conseguir cierta posición profesional, para darse el lujo de decir: "No cuenten conmigo para hacer semejante trabajo en un día". Esto sólo se lo puede permitir aquel periodista que ya tiene un nombre hecho; el periodista que está empezando, en cambio, no puede elegir adonde ir o sobre qué quiere escribir.

SIMPLIFICACIONES

Como consecuencia de esas rutinas de trabajo, la ignorancia de los enviados de los medios sobre los acontecimientos que han de describir y comentar a veces resulta chocante. Durante la huelga que se produjo en 1981 en Gdansk, Polonia, de la que nació el sindicato Solidaridad, la mitad de los periodistas que llegaron de todo el mundo para cubrir el hecho ni siquiera sabían en qué parte del globo se hallaban exactamente. Menos aún sabían sobre Ruanda los que cubrieron la tragedia de 1994: muchos se encontraban por primera vez en África y abundaban los que habían llegado a bordo de aviones de las Naciones Unidas, sin la menor idea de dónde se encontraban o las causas del conflicto. Pero la culpa no es de los reporteros, como bien me demostró un cámara del equipo de enviados que una gran red de televisión

norteamericana mueve por el mundo. "¿Qué pueden exigir de mí -me dijo- si en una sola semana he filmado en cinco países de tres continentes?"

Lo cierto es que la tremenda centralización de la noticia redujo mucho nuestro conocimiento de este complicado mundo en el que vivimos. A pesar de su enorme diversidad, de la enorme cantidad de problemas y dramas que contiene, nuestro espectro se reduce a si va a haber guerra contra Irak o no va a haber guerra contra Irak. Tanto se empobreció nuestra manera de entender el mundo, que no sólo sabemos apenas una o dos cosas, sino que -lo peor de todo- las sabemos mal.

Hace un tiempo, invitado por la Universidad de Nueva York, viajé a los Estados Unidos para participar en una conferencia sobre globalización. Los norteamericanos presentes se preguntaban si iba a haber guerra contra Irak, discutían las posibilidades del conflicto. Pero ninguno sabía dónde queda Irak, quiénes son sus vecinos, cuánta gente vive allí, cuál es la composición étnica, cuáles son sus problemas, cuál es la capital. Nadie. Conocían el nombre: Irak. Cuando se les preguntaba algo del país mencionaban el Islam, al que se referían como una religión unida.

Si a esa gente se les preguntase cuál fue la más dura y terrible guerra de la segunda parte del siglo XX, darían diferentes respuestas. Ignoran que la más cruel y sangrienta, y prácticamente la última guerra entre Estados, ocurrió entre Irak, precisamente, e Irán, en la década de 1980. En el enfrentamiento entre dos países islámicos murieron casi dos millones de personas. Los norteamericanos desconocen que los conflictos más duros ocurren dentro del mismo Islam y no del Islam hacia fuera. Que la fuerza del fundamentalismo o del fanatismo religioso se dirige contra sus propios gobiernos y no contra el mundo de los blancos. Que esos fanáticos fundamentalistas consideran a sus gobiernos grandes enemigos del Islam, traidores de su fe.

Ésas y otras complicaciones del mundo contemporáneo no son conocidas. La televisión no las enseña, sino que, al contrario, las simplifica, las reduce a unas palabras. La manipulación de las noticias en los medios impide el desarrollo de historias como ésa y nos convierte a todos en prisioneros de un lenguaje reducido, pobre y limitado. Con ese lenguaje no podremos entender, escribir y reflexionar mucho, porque esconde lo más importante del mundo contemporáneo que es su creciente complejidad.

Vivimos en un mundo en el que cada día participan más y más elementos, un mundo que crece continuamente. Cada año sumamos 80 millones de nuevos seres humanos, 55 millones de ellos nacidos en el llamado Tercer Mundo. Al mismo tiempo producimos más de todo: más coches, más aparatos de televisión, más botellas de agua, más zapatos. Y así como tenemos más millonarios, tenemos también más pobres. La característica más sobresaliente de las sociedades contemporáneas constituye el problema más grande del siglo XXI, la trágica paradoja de nuestra civilización: el crecimiento agudiza las desigualdades sociales.

No sabemos cómo romper ese vínculo, qué hacer para que el desarrollo sea más justo y dé lugar a una sociedad más humana. Sucede que la desigualdad no es un hecho novedoso. La encontramos en todos los niveles de la organización social: existe en la familia, donde la situación del hombre suele ser mejor que la de la mujer y los niños; existe dentro de cada país, donde hay regiones ricas y regiones pobres, tanto en las naciones desarrolladas como en las subdesarrolladas; existe en los continentes, donde conviven países ricos y pobres; existe en el planeta, donde es visible la desigualdad en los hemisferios.

VER NO ES SABER

En la década de 1930 el gran teórico de la psicología del arte, el alemán Rudolf Arnheim señaló en su libro -El cine como arte-, de manera profética, que la gente confunde el mundo generado por las sensaciones con el mundo creado por el pensamiento, y cree que ver es lo mismo que entender. Sin embargo, no es así. Y más aún: la creciente cantidad de imágenes que nos atacan constantemente, al contrario, limita la relación con la palabra hablada y escrita y, por consiguiente, el dominio del pensamiento. Arnheim también escribió, tiempo más tarde, que la televisión sería un examen para nuestra sabiduría: podría enriquecernos, creía, pero al mismo tiempo podría aletargarnos. Tenía razón. Con mucha frecuencia encontramos personas que confunden ver con entender. Oímos, por ejemplo, a una pareja que discute: "No, querido, no tienes razón. Lo que dices es falso". Y el otro responde: "¿Cómo que no tengo razón? ¡Si lo he visto en la televisión!" Esta identificación, por lo general inconsciente, entre ver -un acto del dominio de las sensaciones- y saber o entender actos del dominio del pensamiento- es un elemento básico en la manipulación de la gente, que la televisión sabe aprovechar. En la dictadura funciona la censura; en la democracia resulta más adecuada la manipulación. Y el blanco de esas agresiones siempre es el mismo: el hombre de la calle.

Analicemos el problema de la pobreza, seguramente el más grande de los que se sufren en nuestro planeta, terminada la Guerra Fría, y veamos cómo lo tratan las grandes redes de televisión. La primera manipulación llevada a cabo consiste en presentar la pobreza como uno de sus síntomas: el drama del hambre. Sabemos que dos terceras partes de la humanidad vive en la miseria provocada por una división injusta del mundo entre ricos y pobres; en cambio, el hambre aparece sólo de vez en cuando y en territorios aislados, porque suele ser un hecho de dimensión local que, además, con frecuencia cuenta entre sus fuentes asociadas con cataclismos naturales como la sequía o las inundaciones, o provocados por el hombre, como los enfrentamientos y las guerras.

Para combatir el hambre se envía a los territorios carenciados, de manera masiva y mediante operaciones internacionales de gran envergadura los excedentes de alimentos de que disponen los países ricos. La televisión muestra esas operaciones de liquidación del hambre, como las que se realizaron en la década de 1990 en Sudán y Somalia, en sus coberturas espectaculares sobre el drama del hambre, pero sin decir siquiera una sola palabra sobre la necesidad de acabar la miseria global.

El segundo truco que se aplica en la manipulación del tema de la miseria consiste en presentarla en determinados contextos, como programas de carácter etnográfico o turístico que muestran rincones exóticos -para las culturas que se consideran centrales- del mundo. Así, a la miseria se le identifica con el exotismo: tiene el valor de un hecho curioso, una característica de determinados lugares, casi una atracción turística. Estas imágenes de la miseria abundan particularmente en los canales de televisión especializados en viajes, como Discovery Channel.

EL ESPEJO EMPAÑADO

Al mismo tiempo que el desarrollo de las comunicaciones ha conectado a todos los puntos del planeta entre sí, las noticias internacionales ocupan menos espacio en los medios. Las desplazan la información local, las notas sensacionalistas, los chismes, la información utilizable. Es decir que cuando la tecnología hace posible la construcción de una aldea global, los medios reflejan el mundo de manera superficial y

fragmentaria, centrados apenas en las visitas de los presidentes y los atentados terroristas. Nos toca vivir en tiempos paradójicos.

Pero quizá por eso mismo es necesario ser objetivos y justos, y poner en perspectiva esta revolución de los medios que, además, se encuentra en Pleno desarrollo. Se trata de un fenómeno nuevo, demasiado nuevo para que la civilización humana haya podido generar los anticuerpos que combatan sus patologías como la manipulación, la corrupción, la arrogancia.

La literatura que estudia la comunicación es muy crítica; tarde o temprano influirá, al menos de manera parcial, en el desarrollo de los medios. Por otra parte, tenemos que reconocer que mucha gente se sienta frente al televisor porque espera ver exactamente lo que se le ofrece: gente satisfecha de sí -como describió el gran filósofo español José Ortega y Gasset, en su libro *La rebelión de las masas*- y en particular de sus gustos y preferencias.

En este punto, creo, nos conviene ser liberales. No soy entusiasta del entretenimiento que reemplaza la información, pero reconozco que tiene también derecho a existir porque mucha gente busca en los medios un momento de diversión y no de ciencia seria. A veces los periodistas exigimos a la televisión cosas que la gente común le pide: esperamos que la televisión nos enseñe, que nos muestre el mundo. Pero a otras personas la televisión les sirve para ir a un bar cerca de su casa y tomar cerveza con los amigos mientras ven el partido de fútbol.

Una gran parte de la humanidad no tiene ambiciones intelectuales, sino que aspira a pasar su vida más o menos de buen modo. Esa gente desea divertirse, y esto no se le puede negar. Por otra parte, no debemos omitir que junto a las malas conviven muy buenas estaciones de televisión, que no buscamos por cierta flojera de nuestra parte. Porque también es cierto que a veces acusamos a los medios para justificar el letargo en que se encuentran sumidas nuestras propias conciencias, nuestra falta de sensibilidad e imaginación, nuestra pasividad.

Pero sobre todo es importante rescatar que, por ser el mundo de los medios muy complejo y diverso, una red con muchos niveles, junto a la basura y la falsedad conviven estupendos programas de televisión, excelentes emisoras de radio y espléndidos diarios. Los medios tienen también aspectos positivos, porque en sus redacciones y estudios trabajan personas meritorias, sensibles y de gran talento; gente convencida de que el prójimo es muy valioso y el planeta en que vivimos es un lugar apasionante que merece ser conocido, comprendido y salvado. Esa gente suele hacer su trabajo con abnegación y entrega, con entusiasmo y espíritu de sacrificio, renunciando a las comodidades, al bienestar e incluso a la seguridad personal. Su único objetivo es dar testimonio de aquello que nos rodea y mostrar la cantidad de peligros y esperanzas que encierra nuestra experiencia.

LOS BUENOS MEDIOS NO HAN MUERTO

Felizmente en la diversidad y la paradoja de nuestro planeta y nuestro tiempo hay espacio para muy buenos periódicos, emisoras de radio y programas de televisión. El periodista consciente de su labor enfrenta una competencia dramáticamente más grande que antes, es cierto; pero creo _y definiendo con energía este punto de vista- que un hombre ambicioso y esforzado, capaz de tratar a los otros como sus amigos y no como sus enemigos, puede desarrollarse y conocer el éxito.

En cada país importante encontramos periódicos de altísimo nivel profesional: Le Monde en Francia, La República en Italia, El País en España, The Independent en el Reino Unido o Frankfurter Allgemeine Zeitung en Alemania, por enumerar apenas un puñado. Ni un solo periódico de buena calidad ha cerrado hasta el momento, a pesar del panorama que ofrecen los medios masivos. Eso tiene una explicación sencilla: sus lectores son fieles, y hasta crecen en número. Es decir que en las sociedades contemporáneas existe un grupo de gente que se interesa por este mundo, que quiere saber y entender algo de sus historias, y eso basta para mantener el optimismo.

Lo mismo se aplica a las emisoras de radio y a los programas de televisión de gran calidad profesional. Hay excelentes medios de comunicación esperando que superemos nuestra flojera, el movimiento automático de encender el televisor y ver lo que se nos ofrece, y que pongamos en práctica la voluntad inteligente de buscarlos. Los medios requieren una actitud activa de nosotros, una actitud de interés que nos permita coproducir esa comunicación.

Parte III

El nuevo periodismo

LA MEZCLA CREATIVA

El Nuevo Periodismo, que da nombre a la Fundación de la que somos huéspedes en este taller, nació en la década de 1960. Norman Mailer, Truman Capote y Tom Wolfe, entre otros escritores norteamericanos, crearon este nuevo género, que se dio a conocer con el nombre de New Journalism, porque luego de años de trabajo varios de ellos, inclusive, como corresponsales de guerra en el Pacífico- llegaron a la conclusión de que el lenguaje periodístico tal como lo concebían los diarios no era capaz de reflejar la realidad en todos sus matices.

En primer lugar porque ese lenguaje, que en general sigue manejando el periodismo diario tradicional, es muy pobre: emplea tan sólo un promedio de mil palabras. Con ese vocabulario, ciertamente, no se puede dar cuenta del mundo en su riqueza. Otra razón que impulsó esta renovación es que las frases del periodismo tradicional se limitan a construcciones muy conservadoras: "Hoy en la tarde el Presidente de la República llegó al aeropuerto, donde fue recibido por miembros de su gabinete", cosas así, que se pueden escribir automáticamente, casi durmiendo. Ese lenguaje domina la prensa diaria porque tiene el valor de ser eficaz y rápido, pero se trata de un conjunto restringido de frases que en el fondo resulta demasiado superficial y limitado, y no nos permite movernos o avanzar.

Con estas convenciones aceptadas en el periodismo resultó raro encontrar un artículo sobre un presidente que comenzara con una observación sobre las estrellas, o una vieja historia sobre los ríos de montaña. Pero estos periodistas, movidos por la necesidad de promover un cambio, y hasta una revolución, lo hacían. Su objetivo consistía en introducir otro lenguaje y otros medios de expresión. La fuente a la que recurrieron en busca de recursos para hacerlo fue la literatura de ficción. El periodismo que deseaban hacer no cabía en la fórmula de la noticia, sino que quisieron tratar de profundizar nuestro conocimiento del mundo, para hacerlo "rico y pleno. Como los pintores cubistas, comprendieron que una forma lleva en sí muchas formas y trataron de mostrarla desde varios puntos simultáneamente.

Así fue como el Nuevo Periodismo nació de la combinación de dos ámbitos hasta ese momento diferentes: uno, los acontecimientos y las personas reales que nutrían al periodismo tradicional; el otro, las herramientas y técnicas de la ficción que

enriquecían la descripción de esos acontecimientos y personas. Las obras que resultaron de esa mezcla constituyeron esta nueva clasificación que conocemos como Nuevo Periodismo.

UN GÉNERO CON GRANDES PRECURSORES

Esta fusión creativa reconoce antecedentes importantes. La literatura del siglo xix, la de la novela clásica, abunda en estas formas. Los escritores de ficción y los poetas de aquel entonces, por ejemplo, al advertir que sus géneros principales no les permitían reflexionar sobre aquello que querían decir, escribieron ensayos. Poetas como W. H. Auden, T. S. Eliot o William Wordsworth escribieron ensayos. Y no sólo la poesía presentó la contradicción de ser un género muy rico y al mismo tiempo muy limitado: también los grandes escritores de ficción fueron al mismo tiempo reporteros; de hecho es difícil encontrar alguno que junto a sus obras de ficción no realizara también crónicas.

Honoré de Balzac -un reportero que viajaba, hablaba con la gente y buscaba documentos- en su obra *Los chuanes* nos entrega un perfecto libro de reportajes. Johann Wolfgang von Goethe, el gran poeta, escribió *Viajes italianos*, una colección de crónicas de viaje. *Relatos de un cazador*, de Iván Turguéniev, es un texto ejemplar para quienes hacen Nuevo Periodismo; lo mismo puede decirse de *Memorias de la casa de los muertos*, de Fedor Dostoievski.

También podemos mencionar algunos nombres del siglo xx, pero pocos, porque la lista podría volverse interminable. George Orwell escribió varios reportajes clásicos: *Homenaje a Cataluña* es un buen caso. Otro grande digno de mención es el italiano Curzio Malaparte: nadie puede llamarse periodista si no ha leído su libro *Kaputt*. Otro autor del Nuevo Periodismo fue el británico Bruce Chatwin, autor de *En Patagonia*; cerca de él podría citar al francés Jean Baudrillard y su libro *América*. Y, más recientemente' no quisiera omitir el nombre de nuestro amigo Gabriel García Márquez, en particular su *Noticia de un secuestro*.

DE LAS DESCRIPCIONES AL ENSAYO

Tras la incorporación de esa mezcla de personas y acontecimientos reales con los recursos de la narrativa, otro cambio importante transformó el contenido de nuestro trabajo. Sucedió cuando los géneros televisivos nos robaron la descripción de imágenes.

Antes, con el fin de contribuir a que el lector imaginase, la reconstrucción del universo visual ocupaba un lugar importante en la literatura. Pero la televisión llegó y se convirtió en la gran ladrona de nuestras imágenes literarias. Ya no pudimos abundar en descripciones: los lectores podían ver en la pantalla de su televisor aquello de lo que les hablábamos. Aunque los lenguajes televisivos sean limitados, no podemos competir con ellos en ese punto.

El vacío que generó esa sustracción de recursos se llenó incluyendo en textos elementos del género ensayo. En la televisión todo transcurre en unos quince segundos: veo, por ejemplo, que un tanque avanza. Pero no sé por dónde avanza, ni por qué lo hace, ni qué significa lo que está sucediendo. La televisión informa con imágenes rápidas y cortas fuera de contexto, y con ello en los seres pensantes despierta el interés de saber qué es lo que están viendo. Esa curiosidad crea un puente entre la televisión y la prensa escrita, cuando el hombre inteligente compra el diario al

día siguiente para encontrar las explicaciones de lo que estaba ocurriendo la tarde anterior en la pantalla de su televisor.

En el periódico ese hombre puede detenerse a releer, volver al texto as veces que quiera para reflexionar y buscar explicaciones. Precisamente Por ese motivo compró el diario. Es cierto que no hablo de un lector cualquiera, sino de aquel que piensa. Pero para ese hombre el Nuevo Periodismo presenta nuevos valores e importancia, porque es un género capaz de formar y también de explicar, comentar, provocar su reflexión. Es decir que en este momento el valor de nuestros textos funciona en conexión con el periodismo en otros soportes: se ha creado una nueva dimensión en el mundo de los medios, muy positiva, donde las distintas ramas se nutren recíprocamente.

Para quienes hacemos este Nuevo Periodismo, las funciones estadísticas de pensamiento y opinión nos cargan con nuevas obligaciones. Porque para decirle algo nuevo a esos hombres y mujeres pensantes que compran el periódico con expectativas de encontrar explicaciones y estímulos a la reflexión, los periodistas debemos ser cien veces más sabios que ellos. Eso nos impone la tarea de estudiar continuamente.

POR CADA PÁGINA ESCRITA, CIEN LEÍDAS

Todo lo que escribo está precedido de enormes lecturas. Yo leo mucho porque estoy convencido de la importancia de profundizar todo lo que se pueda en el tema sobre el que debo elaborar un texto. Vivimos en un mundo de enorme producción intelectual, donde se han escrito montones de libros sobre todos los temas. Escribir sin conocerlos, o sin siquiera saber de su existencia, revela una actitud muy ingenua. Siempre hay expertos en esos asuntos acerca de los cuales nos toca escribir, y el valor de su trabajo es incalculable para el nuestro.

Si vamos a hablar de fenómenos sociales, por ejemplo, debemos construir el enfoque de una manera amplia: la filosofía, la antropología, la psicología de ese fenómeno. No podemos adentrarnos en el campo social y político sin antes leer mucho; eso es indispensable no sólo para no caer en descubrimientos hechos por otros, sino porque la lectura previa da fuerza a nuestra prosa. Si un autor se siente inseguro acerca del objeto de su trabajo, inmediatamente su escritura deja ver esa falta de confianza. La fuerza de la prosa viene de nuestra seguridad.

Personalmente creo que existe inclusive una proporción entre la lectura previa y la buena escritura: para producir una página debimos haber leído cien. Ni una menos. Antes de escribir cualquiera de mis libros, leí unos doscientos sobre cada uno de sus temas. En algún sentido, escribir es la menor parte de nuestro trabajo.

BORRAR LOS LÍMITES

El Nuevo Periodismo se desarrolló en la época que llamamos posmodernista, y una de sus características ha sido borrar paulatinamente los límites entre los géneros. Su contexto de aparición y desarrollo fue la creciente aparición de libros cuyos géneros de pertenencia resultan difíciles de precisar, ya que mezclan varios entre tapa y contratapa.

El clásico de ese nuevo fenómeno se llamó Tristes trópicos y fue escrito por el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss. Este libro contiene en realidad cinco libros diferentes, combinados de tal manera que solamente después de leerlo advertimos su complejidad y nos preguntamos qué clase de obra es. En sus páginas conviven

estudios antropológicos sobre varias tribus indígenas del Brasil con reportajes sobre las aventuras del viaje, con un ensayo sobre las civilizaciones, con un diario personal... Otro antropólogo, el norteamericano Clifford Geertz, un especialista en los problemas de la cultura moderna, publicó un ensayo bajo el título Géneros confusos, la refiguración del pensamiento social.

Como estos textos combinados, muchos otros decretaron el fin de las fronteras entre los géneros. No sólo en nuestra profesión: este fenómeno cultural de difuminación de los límites expresivos aparece también en las artes plásticas, la música y otras ramas de la actividad espiritual e intelectual del hombre. Sus antecedentes se remontan a principios del siglo XX, cuando con la aparición del cine, por ejemplo, se temió que esta nueva disciplina, nacida de una nueva técnica, terminara con otros medios de expresión como la pintura. Sin embargo, no resultó así. Tampoco sucedió eso cuando surgió la radio y una vez más se dijo que esta novedad terminaría con todo lo anterior; ni cuando la expansión masiva de los televisores, en la década de 1960, despertó profecías similares e igualmente erróneas.

Ahora se dice lo mismo de Internet, que en mi opinión tampoco terminará con nuestros medios establecidos. Creo que los modos de expresión humana se hacen más y más diversos, pero no por eso se liquidan en-re si. Al contrario, creo que se apoyan. La televisión no terminó con la literatura, sino que a través de una nueva modalidad de promoción le permitió construir un mejor mercado.

En la actualidad, la literatura se mueve en dos direcciones opuestas. Una de estas ramas podría merecer el nombre de literatura de televisión, ya que está integrada por novelas para mercados grandes, con fuertes tramas -llenas de conflicto, emoción y violencia-, que constituyen 90 por ciento del mercado de libros. La otra rama, más pequeña e importante, es la literatura de creación, reflexión y ensayo, una literatura ambiciosa cuyo clásico ejemplo es la novela de Thomas Mann La montaña mágica. Su historia es muy débil, nada sucede en sus páginas: cuenta la vida de unas personas encerradas en un edificio, que no se mueven. Pero, capítulo a capítulo, Mann va construyendo un ensayo sobre el tiempo, el comportamiento humano, la vida en el mundo contemporáneo. La historia se utiliza apenas como un esqueleto sobre el cual montar esta estructura de ensayo.

En este escenario se encuentran el Nuevo Periodismo y la literatura de ficción, aunque nuestra práctica profesional cotidiana nos ubique lejos de semejantes ambiciones, ya que debemos ocuparnos de historias dadas por los acontecimientos reales e inmediatos. Pero aun con esas características estamos ante un nuevo fenómeno, literario y periodístico, del que tenemos que ser conscientes para intentar encontrar nuestro lugar. No porque amenacemos a algunos de los géneros periodísticos que confluyen en esta nueva forma de escribir sobre hechos y hombres reales utilizando las herramientas de la literatura; igual que el cine, la radio o la televisión, el Nuevo Periodismo simplemente se suma como otra forma de expresión. Pero debemos ser conscientes para no dejar de ser, precisamente, una rama del periodismo. En América Latina, la idea de Gabriel García Márquez consiste en apoyar el desarrollo del reportaje sin convertirlo en un género literario. Hasta ahora, nos encontramos en una etapa de experimentación y prueba. Tenemos que esperar, tranquilamente, el desarrollo de este género.

EL DOBLE TALLER

Durante muchos años me desempeñé como corresponsal para una agencia de prensa, el trabajo más duro y difícil que puede tocarle en suerte a un periodista, porque se trabaja las veinticuatro horas del día. Esa dedicación tan intensa me enfrentó a la falta de tiempo y canales para mis ambiciones personales como autor. Tenía que cubrir aquello que me pedían, sin poder escapar: en el periodismo, como en cualquier otra profesión, hay que hacer las cosas que nos mandan.

Para solucionar este problema, es decir, para poder escribir y también cumplir con mis obligaciones de corresponsal sin sentirme frustrado, creé conscientemente una situación de esquizofrenia: trabajé en dos talleres de manera simultánea.

Escribir para una agencia de noticias es un trabajo duro, de gran tensión y nerviosismo, puntuado por entregas al jefe, que pide noticias cortas por aquello de los costos, el tiempo y la competencia. Se hace un periodismo formal y pobre, de no más de ochocientas palabras. Una tortura. Pero se puede tolerar si uno escoge para sí un nicho independiente, un espacio para escribir aquello que excita la propia voluntad y ambición. En este otro taller, las cosas se dicen en otro lenguaje, se enfocan bajo otra mirada, se componen según otros criterios.

Así generé dos ámbitos separados: en uno escribía las páginas que me permitían ganarme el pan, un trabajo que en ocasiones puede resultar poco creativo, muy mecánico; en el otro, me dediqué a aquello que desde mi punto de vista lo merecía. En África, en Asia, en América Latina, con esa realidad tan rica, tan colorida, creí que valía la pena contar esa vida tan diferente a la europea; como eso no cabía en los cables de la agencia de prensa, mientras mis colegas se iban al bar a tomar whisky yo me encerraba a elaborar notas que luego se convertirían en libros.

Hay que juntar y guardar los materiales que nos importan. Todo debe estar documentado: informaciones, testimonios, ideas. Un problema básico de nuestro trabajo es que desaparece al día siguiente, que lo olvidamos pronto. En este oficio, a medida que los años pasan nos vamos quedando con las manos vacías. En cambio, si guardamos documentos, en el futuro Podremos revisar ese material así conservado y tomar la decisión de hacer un trabajo personal de excelencia.

Quiero subrayar esta idea: en nuestra profesión, el éxito se basa en mantener dos talleres. Es decir, en tener una doble vida, vivir en estado de esquizofrenia: ser un corresponsal de agencia -o un redactor de periódico que cumple órdenes, y guardar, en algún pequeño lugar del corazón Y de la mente, algo para sí, para la propia identidad, para las ambiciones Personales.

Eso no significa dedicarnos más a un taller que a otro: no hay dos criterios, sino dos ámbitos. A todo lo que hagamos en nuestra profesión debemos dedicarle lo mejor de nosotros, desarrollarlo de la mejor manera posible. Cada texto, para el periódico o para el libro, tiene que ofrecer el resultado de nuestro máximo esfuerzo y nuestra máxima habilidad. No existen divisiones en el plano de los criterios: un periodista con talento y ambición no escribe malos textos. La diferencia está en las técnicas: para informar en un despacho de agencia sobre la actividad de un ministro no hace falta poner en juego nuestra imaginación o nuestros conocimientos de filosofía, pero para hacer Nuevo Periodismo, sí.

MANERAS DE ESCRIBIR

No tengo recetas fijas o técnicas de trabajo preestablecidas porque no las hay en el campo de la creación, y allí se inscribe el periodismo escrito. Este trabajo, en sus manifestaciones más ambiciosas, requiere de una actitud individual creativa, de las propias formas de contar y hacer las cosas. Ésa es la riqueza de nuestro oficio: cada uno tiene que desarrollar sus propias maneras de encontrar los temas y las maneras de expresarlos.

En general, el camino hacia un texto es misterioso. La estructura llega, ocurre: uno anda pensando cómo hacerla y, de repente, vislumbra una idea. Cada caso es particular. Yo nunca sé cómo voy a escribir un libro; más bien busco la primera palabra, y cuando la tengo escribo la primera oración, y cuando la tengo escribo la segunda, y entonces la tercera, y así. No defino previamente una estructura a seguir para construir el texto de determinada manera. Antes de sentarme no tengo la menor idea acerca de cómo voy a encarar el texto. Por eso en ocasiones inclusive me extraña lo que escribo. Y al día siguiente -o en el mismo momento- olvido lo que he puesto. Veo mis textos como si los hubiera escrito un extraño. A veces en las entrevistas alguien me pregunta: "En su libro usted escribió esto", y yo le pregunto: "¿Yo escribí eso?"

Nunca leo las cosas que escribo, y en una ocasión tampoco las escribí. Me refiero a Los cínicos no sirven para este oficio. El contenido de ese hice a Italia, invitado por una revista, para dar algunas conferencias. Una editora de esa publicación, Maria Nadotti, juntó lo que dije y publicó todo en un libro. Yo lo leí después de publicado.

Ni siquiera supe que ella iba a hacer un libro; nunca nadie me preguntó. Como di las conferencias en inglés, y luego las tradujeron al italiano, el libro no existe en polaco; lo mismo sucede con otro libro de entrevistas, que realicé con un escritor húngaro, que nunca fue publicado en mi lengua.

Tampoco puede saberse nunca, según un método general, cuál es la mejor forma de transmitir nuestro conocimiento de una persona, un lugar o un hecho. ¿La creación de un ambiente, la selección de una historia particular, una descripción racional llena de datos? Una vez más, se trata de algo muy subjetivo. Tampoco aquí existe una regla general: cada uno tiene su propia manera de entender, de reflexionar y de escribir. Por eso existe la literatura; si fuese todo igual la literatura no existiría.

En mi experiencia, cuando escribo no pienso si el texto va a ser una novela, un reportaje o un ensayo -sin mencionar que, por otra parte, hoy todos se mezclan-, sino que reflexiono reiteradamente sobre aquello que observé, en busca de la manera más adecuada de describirlo.

Parto también de una advertencia: todo lo que escribimos es, siempre, apenas una aproximación. El ideal que nunca se puede alcanzar, ni siquiera se puede definir. Nunca sentiremos que aquello que escribimos fue exactamente lo que queríamos decir. Siempre habrá un margen de decepción. En cierto sentido, todo libro es una derrota: aunque los lectores lo consideren una obra magnífica, para un escritor un libro trae la derrota, porque él entiende muy bien que lo que dicen sus páginas no es exactamente todo lo que él pensaba expresar.

Adicionalmente, nunca se sabe por qué un libro es bien recibido por los lectores y por qué otro, al que también consideramos bien escrito, pasa sin que nadie lo quiera leer. Nos movemos en un ámbito inseguro y misterioso. Pero en la lucha por aproximarse a ese ideal abstracto, imposible de definir, que es el trabajo literario, en el Nuevo Periodismo no se escogen conscientemente unas estrategias, sino que se sigue cierta intuición. Claro que siempre padecemos el peligro de fracasar, algo que da terror al escritor porque un libro mal escrito es una tragedia de la que no se puede volver atrás.

DISTINTAS CLASES DE LIBROS

El primero de mis libros consiste en las notas periodísticas que yo enviaba como corresponsal de agencia; ese primer tomo existe solamente en el archivo de la agencia. Pero cada vez que regresaba de mis viajes tenía la impresión de que lo que había escrito en esas noticias era muy superficial, muy pobre, muy limitado. Para reflejar todo lo que yo sentía, vivía y experimentaba tuve que buscar otros medios de expresión, y así fue como comencé a elaborar mis reportajes. La profunda insatisfacción ante lo que había hecho en la urgencia del trabajo de corresponsal me lanzó a buscar un método mejor para narrar, un modo de superar la expresividad del lenguaje de la agencia de noticias.

Publiqué veintiún títulos hasta el momento, todos escritos a mano. No son muchas páginas porque escribo de manera sintética; eso hace que mis libros no sean largos. Algunos inclusive son apuntes de tipo filosófico y psicológico, *Lapidaum*, de los que he publicado cinco tomos en Polonia, y me encuentro trabajando en el sexto. Al comienzo, como señalé, publicaba colecciones de artículos hechos previamente para medios. En cierto momento, los periodistas observamos que ya hemos acumulado una buena cantidad de notas, y hacemos una selección de las mejores para editarlas en un soporte más durable como es el libro. Pero también hay otro tipo de libro para los que trabajamos en esta profesión, y es aquel que se escribe de modo original, pensando en su concepto, su estructura, su construcción. El primer libro que hice de esta manera fue el octavo que firmé.

En los volúmenes de recopilación intenté hallar un método que evitase la selección mecánica. Ése fue el origen de *La guerra del fútbol*. Una editorial polaca me propuso publicar una colección con mis reportajes de guerra, y cuando escogí los textos me quedé insatisfecho con el método de compilación: entregar diez reportajes, y punto, me parecía poca cosa; sentí que debía dar con el modo de convertir esa operación casi irreflexiva en una estructura. Pensando, se me ocurrió la posibilidad de mezclar, entre los reportajes "egidas, un texto sobre los libros que no podría escribir. Hallé entonces el segundo nivel del libro. Luego tuve la idea de incluir también otros libros no escritos, e hice el tercer nivel. Fue así como se fue construyendo capa a capa i-a guerra del fútbol, que lleva varios textos escritos y no escritos.

LOS CAMINOS DE LA INTUICION

Los libros originales plantean, mucho más aún que los volúmenes de recopilación, una serie de problemas para los que no existen respuestas definidas. Al contrario, alimentan una constante discusión porque en ellos ocupa un lugar importante algo tan indefinible como el gusto particular del autor. Eso es lo que decide: el sabor que va naciendo a su escritura. El instinto le dice a quien escribe: "Eso se puede". La intuición le dice: "No, no. Por aquí no va la cosa". El autor sigue sus caminos a menudo inconscientemente, por puro gusto. Esas sutiles elecciones son las que deciden sobre este tipo de literatura.

No hay reglas para esta clase de trabajo y sólo los lectores deciden luego si el autor cometió un error en el camino que tomó. Eso, a su vez, determina el tiempo de permanencia del libro. Si los lectores juzgan que el autor cometió algún error, el libro desaparece inmediatamente.

A veces las decisiones que toma el autor lo llevan adonde no imaginaba. En el caso de *El Emperador*, por ejemplo, no escribí la vida de Haile Selassie. Él no aparece en el libro. Lo que aparece es el modo en que el poder cambia a los hombres: cómo se alteran los comportamientos del hombre que entra en la política. Siguiendo mi instinto, en lugar de escribir un libro sobre Haile Selassie me ocupé de los mecanismos psicológicos detrás del poder, del funcionamiento de las instituciones y los hombres que las dirigen. Y fue justamente por eso que el libro ha sido traducido a veinte idiomas y se lo edita constantemente en los Estados Unidos: los ejecutivos de las grandes corporaciones norteamericanas encuentran en este libro aspectos de sus organizaciones, orientaciones sobre lo que sucede en la institución a la que pertenecen.

El Emperador fue adaptado como pieza teatral y cuando fui a su estreno en Londres me encontré con la directora del teatro envuelta en lágrimas. Le pregunté qué le pasaba, y supe que lloraba porque la habían hecho renunciar a su cargo. Volví a decirle: "Pero, ¿por qué?" Y ella me respondió: "Ryszard, cuestiones de poder. Figuran en tu *Emperador*. ¿Por qué me lo preguntas entonces?" El libro, en definitiva, encontró sus lectores a través de ese camino que seguí por intuición: hablar sobre los mecanismos del poder, no sobre acontecimientos ni sobre personajes.

HISTORIA DE "EL EMPERADOR"

Hace casi treinta años, en 1975, escribí *El Emperador*: poco después de la revolución etíope, cuando cubría diariamente esos eventos como corresponsal de prensa. Conocí al emperador porque conocí Etiopía, viajando constantemente desde el país vecino en el que estaba instalado. Eso fue central para decidirme a encarar el libro: conocer muy bien la realidad del país. Nunca comienzo un libro si no he estado familiarizado con su asunto durante por lo menos unos veinte años o si no le he dedicado unos tres años a trabajar en particular sobre su tema.

Por eso cuando comencé con el proyecto de *El Emperador* ya llevaba mucho conocimiento acumulado sobre Etiopía: había estudiado el país durante trece años, había visto al emperador varias veces. No necesité hacer entrevistas especiales. En realidad, nunca en mi vida he entrevistado a alguien, en el sentido estricto del género de la entrevista. No sé cómo se hace una entrevista. Mucho de lo que escribo sobre la gente viene de observarla, de prestar atención a su comportamiento, de explorar los detalles pequeños como su cara, o sus ojos. Y de hablar con ella, pero no de entrevistarla.

Las personas con las que hablé conocían al emperador y me contaron toda su historia, y éstos fueron los relatos que luego junté para hacer el libro. A diferencia de *La noche de Tlatelolco*, donde la mexicana Elena Poniatowska hace un catálogo de diferentes testimonios sobre diferentes momentos de esa noche, un documento de crónicas, yo construí una estructura de relatos. Pero no puse los nombres de quienes contaban inclusive cambié las iniciales, para no comprometer a nadie- porque para la gente hablar fue muy peligroso. Nuestras conversaciones sucedieron durante la revolución, cuando esas personas vivían escondidas. También yo corrí el Peligro de ser descubierto

durante esos encuentros. Pero así es nuestro trabajo: se corren riesgos, eso es parte del oficio.

MIRAR DE CERCA

Para dar cuenta de los cambios psicológicos que se presentan en El Emperador, a medida que el poder corrompe al hombre, el periodismo nos ofrece herramientas con las cuales mirar de cerca. Así advertí que, por definición, el hombre que sufre los efectos del poder es inocente como aquel que de repente sufre gripe o tuberculosis. No podemos acusar a un hombre por enfermarse: es una víctima. Y los políticos son, completamente, víctimas de la influencia del poder.

Los hombres no nacen políticos; cuando nacen, son niños. Y como niños normales van a la escuela y juegan, sin distinguirse de los demás niños. Es cuando crecen y se convierten en adultos que en cierto momento deciden entrar en el mundo de la política. Si observamos a uno de esos hombres de cerca, veremos cómo cambia su comportamiento, cómo comienza a actuar de manera diferente, cómo se transforma su vocabulario, cómo adquiere nuevos modos de caminar, sentarse, mirar al otro... Veremos, en síntesis, cómo este hombre se convierte en un hombre diferente, de modo tal que si alguien que lo conocía desde antes lo encuentra, se pregunta: "¿Pero qué le sucedió a este hombre?" Pasó que entró en la política y cambió de personalidad.

Su única salvación consiste en salir del mundo de la política. Con el tiempo, si cambia el gobierno y este hombre deja la sede del gobierno o el parlamento, podrá volver a su vida normal, ser un hombre común otra vez. Mientras habite el mundo de la política será un hombre artificial, un hombre político. Afuera será alguien como los demás, que uno puede encontrar en una cafetería hablando con los amigos, que sale a pasear con los nietos. Sobre esto quise ocuparme en El Emperador, sobre cómo la política construye la personalidad del hombre.

LENGUAJE Y ESTRUCTURA

En ese libro no existe la ficción. Todos los hechos y las personas que allí aparecen son reales. Mis únicas invenciones en El Emperador fueron el lenguaje y la estructura.

El lenguaje, en particular, fue una creación deliberada que, además, me exigió investigar la historia de la lengua polaca. Quise subrayar con voces arcaicas que el autoritarismo era una forma caduca de ejercicio del poder, y para eso debí construir un vocabulario a partir del estudio de la literatura polaca de los siglos XVI y XVII. Para escribir ese libro hice primero otro: un diccionario de palabras antiguas, perdidas y olvidadas, especialmente con el fin de enfatizar que la manera autoritaria de conducir un país como si fuera propiedad del gobernante es, en el mundo contemporáneo, una expresión arcaica.

La segunda decisión consciente de ese libro fue la estructura sobre la cual construirlo. Si lo publicaba tal como ocurrió, enteramente y con todos sus documentos, habría necesitado unos cuarenta y dos tomos, bastante más que las ciento veinte páginas en las que quedó. Pero en semejante extensión nadie, nunca jamás, lo habría leído. Y, lo que es más importante no habría sido, como sucede con cualquier texto, un proceso de selección. Como dije antes, sólo se puede realizar un buen artículo si se dispone de cien veces más documentos y notas por cada página que vayamos a publicar. Si tenemos veintiocho veces más, todavía no estamos preparados.

Eso es lo que le da fuerza al texto: la certeza y la exactitud son su poder. Así, si alguien me objeta que no coloqué esto o aquello, puedo decirle que descarté esa información conociéndola, porque ésa fue mi decisión para la estructura del libro. Yo elegí. Muy diferente es la situación, en términos psicológicos y profesionales, de un autor que recibe esa crítica sin conocer la información omitida. Eso lo pone en una posición de debilidad frente al otro. Quien escribe sólo lo que tiene no es un periodista bueno.

Parte IV

La Globalización

DOS TEORÍAS PARA UN FENOMENO

Nuestro mundo se globaliza cada día más, y cada día más se debate este proceso dentro del cual vivimos. Dado que no se trata de una transformación que nos deje afuera, es importante entender en qué consiste la globalización. Comprenderla nos permitirá afrontar mejor qué está pasando en nuestras sociedades contemporáneas.

Tal vez creemos que la globalización no es asunto nuestro, ya que las tareas diarias e inmediatas nos ocupan tanto que no nos dejan tiempo para pensar sobre lo que sucede más allá de nuestra casa, nuestra ciudad o nuestro país. Sin embargo, otras personas tienen tiempo para esas reflexiones y toman decisiones que ciertamente nos afectan a todos.

Dos teorías principales se ocupan del fenómeno de la globalización. Una sostiene que la globalización no representa algo nuevo bajo el sol; la otra, que es el más trascendente fenómeno reciente en nuestras sociedades.

La primera teoría, perteneciente a la escuela histórica, sostiene que la globalización comenzó en los mismos orígenes de nuestra historia, cuando el hombre se preguntó qué había más allá del límite de su mirada. Al caminar por la tierra empezó a comprender que el lugar y la sociedad donde vivía eran solamente una parte de una totalidad mayor. Así quiso avanzar sobre aquellos territorios y seres que estaban fuera de su alcance inmediato.

Según la escuela histórica, la globalización constituye una parte natural de la sociedad humana. Sus primeros representantes fueron los griegos y su segunda ola importante sucedió con los viajes de descubrimiento que emprendió Cristóbal Colón, cuando Europa se expandió más allá de sus fronteras e inauguró los quinientos años de la aventura colonial.

Vale la pena mencionar, si hablamos sobre interés en el planeta, que 'a civilización europea siempre se ha interesado en el mundo en mayor medida que otras. Otras civilizaciones centraban su interés en ellas mismas, carecían de ambición por conocer lo que se hallaba fuera de sus fronteras. La civilización china, por ejemplo, consideraba que su mundo conocido constituía el centro de la Tierra y que nada existía más allá. En miles de años las civilizaciones africanas no construyeron un solo barco; nunca les interesó lo que sucedía fuera de sus fronteras. Solamente la civilización europea desarrolló este interés y estas ambiciones globales. Los viajes de Colón son una confirmación de este hecho.

La otra importante escuela de pensamiento sobre la globalización, que sostiene que se trata de un fenómeno nuevo en la historia humana, se basa en tres argumentaciones:

1) La globalización como fenómeno se comenzó a debatir recientemente cuando la Guerra Fría llegó a su fin. Esa división, que partió al mundo en Occidente y Oriente, se extendió durante la mitad del siglo XX, desde el final de la segunda Guerra Mundial hasta principios de la década de 1990; es en ese momento, cuando esa partición mundial desaparece, cuando la totalidad del globo pudo comenzar a pensarse. El mismo concepto tiene origen en ese periodo: la palabra globalización fue introducida a finales de la década de 1980 por el sociólogo británico Roland Robertson, el primero en utilizar el término en sentido moderno.

2) La revolución electrónica liquidó dos obstáculos que impedían el camino hacia este proceso de globalización: el espacio y el tiempo. Superados estos dos escollos, se abrió ante los hombres la posibilidad de comunicarse globalmente. Así fue como en el transcurso de los últimos cien años la familia humana fue pasando por instancias como la sociedad de masas hasta llegar a esta sociedad global o planetaria.

3) La victoria de las vertientes neoliberales dentro del sistema capitalista resultó fundamental para el proceso. El neoliberalismo tiene por fundamento la proyección de las leyes de mercado sobre todos los aspectos de nuestra vida, de lo cual se puede seguir que la libertad de comercio no implica otra cosa que el fin de todas las fronteras. Así es como el liberalismo contribuyó a que pudiera funcionar este sistema global.

Esas tres condiciones permiten que los defensores de esta teoría concluyan que la globalización es un fenómeno nuevo, con una antigüedad de unos diez años, del que nos encontramos en sus albores. Todavía ni siquiera entendemos muy bien en qué dirección nos lleva este cambio global ni podemos aún definir este periodo de transición en el que vivimos.

UN TÉRMINO MANIPULABLE

Más allá de estas caracterizaciones, personalmente creo que lo más importante alrededor de este fenómeno es distinguir las dos formas en que existe: como proceso y como ideología. Saber discriminar el modo en que se habla de globalización es muy importante, ya que se suele manipular mucho este término. Ciertos procesos revisten un carácter global, como por ejemplo el desarrollo de nuevas tecnologías, las formas de comunicación social o el funcionamiento de la economía. En esos y otros aspectos vamos a seguir, indudablemente, en esta dirección. Sin embargo, el término globalización se emplea también como ideología, bajo el aspecto de una fórmula mágica para resolver en el futuro todos los problemas de los seres humanos que habitamos este planeta. Se dice que no habrá más sufrimiento por hambre, pobreza o desigualdad porque todos nuestros problemas se resolverán fácilmente a medida que se vaya fortaleciendo la globalización.

Hace unos meses discutí sobre esto con el politólogo norteamericano Francis Fukuyama. Me extrañó su manera de pensar: con toda seguridad y enfática certeza sostuvo que los problemas que afligen a este mundo se pueden resolver fácilmente con la globalización. Ésa es la manera en que la globalización se utiliza como una ideología: construyéndola como nueva utopía positiva, que anula cualquier otra posibilidad de pensar en otro orden más humano para las sociedades de este mundo.

Sin embargo, la globalización es un fenómeno contradictorio, que muestra dos caras distintas: es un río de integración de toda la tecnología, del mundo financiero, de los medios de comunicación, pero simultáneamente es otro río en dirección opuesta, que lleva a la desintegración con conflictos étnicos, con ambiciones regionales, con tendencias particulares, en una gran corriente que vive y se desarrolla en contra de la misma globalización. Por el momento sabemos que algo está pasando y tenemos una nueva conciencia de lo global en temas como el agua y la contaminación; no obstante, las fuerzas que participan en este proceso no han hallado aún los límites de sus contornos; todavía son flotantes, indefinidas, imprecisas. Queda pendiente la lucha por utilizar este fenómeno para nuestros intereses y fines.

EL ESTADO EN LA MIRA

El desarrollo de este proceso globalizador pone en peligro la organización básica de la vida política moderna: el Estado. Todas las sociedades contemporáneas se articulan a partir de Estados: en estos momentos hay unos doscientos, de los cuales treinta y cuatro tienen menos de medio millón de habitantes, el tamaño de una pequeña ciudad europea. Se trata de Estados neocoloniales, prácticamente, que existen solamente con la ayuda financiera de otros Estados y otros organismos financieros. Ésa es la tendencia del mundo contemporáneo: la de multiplicar estos Estados débiles.

A la vez, la globalización profundiza las desigualdades entre Estados, ya que pone en crisis a los del llamado Tercer Mundo. Sólo las sociedades económicamente fuertes pueden resistir la globalización, ya sea por el tipo de instituciones que poseen o por sus tradiciones políticas. Los otros Estados -que son, ni más ni menos, los de América Latina, los de África, los de Europa Oriental y los de Asia- se ven afectados por la globalización.

La globalización debilita al Estado moderno a través de un movimiento doble: desde arriba y desde abajo. Desde arriba, el Estado sufre los embates de las corporaciones y los organismos internacionales, cuya fuerza aumenta con este proceso, como resultado de lo cual cada vez más las decisiones fundamentales sobre el futuro de una sociedad se toman fuera del Estado que la organiza. Esas decisiones -todas globales, todas abstractas- se generan en instituciones internacionales que, para mayor gravedad, no han sido elegidas democráticamente: ninguno de nosotros ha participado en la selección de las autoridades del Banco Mundial o del Fondo Monetario Internacional. Enfrentamos así una especie de autoritarismo oculto, que produce como efecto colateral una grave enfermedad de la democracia moderna: el creciente desinterés de las masas en la política. La cantidad de votantes -no hablo de un país en particular sino del mundo en general- decrece cada vez más: las personas no creen ya que puedan influir sobre lo que pasa en sus gobiernos. De este modo entran en crisis las democracias de los Estados débiles.

Si los sistemas totalitarios europeos se basaban sobre la organización de masas para apoyar sus principios fundamentales, este sistema autoritario democrático funciona al revés, en base al total desinterés de las masas. Cada quien puede hacer lo que quiera, bajo la condición de que no se interese en la política. Con un Estado debilitado de esta manera, sobre nuestras vidas influyen las instituciones que están por encima de los Estados y manejan este mundo: organismos como el Banco Mundial, pero principalmente las grandes corporaciones internacionales. Al mismo tiempo, el Estado sufre un movimiento de desestabilización desde abajo. Existen fuerzas que trabajan con el objetivo de derribarlo: los diversos tipos de nacionalismo, regionalismo, xenofobia, racismo y fundamentalismo.

Así presionado desde arriba y desde abajo, el Estado se va transformando en una institución simbólica, como las banderas y los himnos, con progresivamente menos poder.

LA PRIVATIZACIÓN DE LA VIOLENCIA

¿Cómo llegamos a este escenario donde el emblema de la organización de nuestras sociedades modernas sufre la corrosión de distintas fuerzas, y sus debilidades se revelan crecientes?

Además de las razones políticas y económicas ya citadas, existe una causa fundamental que debemos considerar: el Estado perdió el monopolio de la violencia.

La autoridad del Estado moderno se apoyaba sobre ese monopolio que representaban sus fuerzas armadas, su policía, sus instituciones de corrección, su armamento. Ahora, en este nuevo mundo, se multiplican las fuerzas privadas, que toman la forma de organizaciones criminales como el narcotráfico y el lavado de dinero sucio; de instituciones de seguridad privada, que incluyen todo tipo de guardaespaldas; de mercenarios a disposición para las guerras de otros; de movimientos guerrilleros casi privados (como sucede en las guerras africanas), que disponen de territorios y financiamiento propio, producto de las materias primas de esos territorios ocupados, que se pueden mover sin censura por Internet y que funcionan de modo independiente, como nuevas fuerzas sociales de violencia sobre los que nadie tiene control.

La creciente privatización de nuestro mundo ha privado al Estado del monopolio de la violencia y ha generado mecanismos independientes para su ejercicio. Y estas instituciones privadas también son globales. El mercado de bienes y servicios no ostenta la exclusividad de la globalización, sino que este fenómeno alcanza perfectamente a la coerción, la violencia y la inseguridad social.

BUROCRACIAS GLOBALES

Con tantas fuerzas armadas y de seguridad privadas, con tantos delincuentes organizados nacional e internacionalmente -todos mecanismos fuera del control del Estado-, los gobiernos del mundo contemporáneo pierden poder. Como consecuencia de esta pérdida, el poder de los dictadores ya no tiene posibilidad de existir.

Sin el monopolio de la violencia en manos del Estado, los dictadores son un caso del pasado. Entramos, pues, en una tendencia a la democratización en todo el mundo, aunque muchas veces se trate apenas de una democracia proclamada. En todo caso, por el momento no existen condiciones para que gobiernen dictadores, autoridades militares o civiles o representantes de partidos únicos: esa época ya terminó, o está por terminar. Hace muchos años ya que no aparece un dictador nuevo en nuestro planeta, y cuando surgen suelen desaparecer, como prueba el ejemplo de los Balcanes.

Nos hallamos ante un fenómeno político histórico que pone el poder en manos de una clase burocrática internacional. Estos nuevos gobernantes son gente ágil, muy bien vestida, amable y sonriente como corresponde para aparecer en la televisión. Salvo excepciones, éstos son algunos de los criterios de liderazgo en nuestro tiempo. No hace falta más porque, con el Estado en crisis luego de doscientos años como forma de

gobierno dominante, ahora nos gobierna otro tipo de poder cuyos centros se crean y crecen fuera de las fronteras nacionales.

Ya nadie quiere ser jefe de Estado porque esa figura retiene muy poca fuerza: el verdadero poder contemporáneo pertenece a los grandes grupos financieros, a las grandes organizaciones multimedia, a las grandes instituciones internacionales. Desdeñando las fronteras de las naciones, estos núcleos gobiernan nuestro planeta con mecanismos que profundizan aún más la debilidad de los Estados.

FRONTERA: UNA PALABRA DEL PASADO

Frontera es una palabra muy amplia: tenemos fronteras psicológicas, de raza de idioma. Y también, claro, tenemos las fronteras de los Estados, que a su vez presentan numerosas variedades. Frontera era generalmente una línea trazada para defender la identidad de un Estado o una civilización: por ejemplo, el Imperio romano tenía sus límites, que dividían el territorio en el mundo propio y el mundo de los bárbaros. Pero cuando hoy hablamos de frontera, el término ya no tiene la utilidad que tenía para los romanos.

Varias razones explican que, en este mundo global, el término se perciba como algo del pasado. La primera es la revolución tecnológica que gracias a las comunicaciones de redes, el desarrollo de internet y la masividad del e-mail logró superar todas las fronteras. La segunda son los flujos financieros que atraviesan el mundo. La tercera, los grandes movimientos migratorios encarnados por aquellos seres humanos que dejan sus tierras y marchan por necesidad a otros lugares mejor desarrollados. Este proceso, por el momento, no tiene otra solución.

Pero también han cambiado las características de las fronteras que siguen existiendo como tales. Por ejemplo, en Europa la frontera entre el viejo campo comunista y el occidental solía ser muy estricta, pero ahora se ha convertido en un escenario flexible de intensa actividad. Y si viajamos por África, basta ofrecer veinte dólares al guardia de cualquier frontera para obtener la visa automáticamente, algo que antes resultaba muy difícil de conseguir.

Es decir que, cuando no desapareció, el concepto de frontera se asimiló al de negocio. Las líneas que se trazan actualmente corresponden al comercio, regulan el intercambio, lo que da un nuevo significado al antiguo término. La tendencia probablemente sea que la frontera se vaya transformando, con el correr de unos años, en un hecho simbólico.

DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Pero acaso el interrogante principal que se nos presenta cuando hablamos de este nuevo mundo global corresponda al escenario que se perfila desde los ataques del 11 de septiembre de 2001 a los Estados Unidos. Quisiera hacer una breve introducción antes de abordar el tema, ya que en mi opinión los nuevos problemas que enfrentamos hunden sus raíces en el fin de la Guerra Fría.

Tras el fin de este enfrentamiento entre el sistema de dictaduras y el sistema democrático, apareció la teoría que hizo famoso a Francis Fukuyama, sintetizada en su ensayo *El fin de la historia*. Si la historia fue la lucha entre las dictaduras y las democracias, ahora que unas cayeron y otras triunfaron nada más habría que hacer, según el politólogo norteamericano. El resto de la historia humana sería bastante

aburrido. Con esa base, la cultura y la filosofía mundiales de la década de 1990 dieron lugar a distintas visiones acerca de la vida como entretenimiento: terminada la historia -es decir, terminados los conflictos- no queda sino consumo y diversión.

Los medios sirven a este principio. Un reconocido especialista en comunicación norteamericano, Neil Postman, publicó *Divertirse hasta morir: el discurso público en la era del show-business*, un libro sobre el abundante entretenimiento que tenemos, y por qué nos va a matar de risa. Diez años seguidos de desarrollo económico en centros clave del capitalismo mundial producen una enorme cantidad de bienes que se tienen que vender; para eso, es necesario que el consumo crezca, y el consumismo tranquilo requiere entretenimiento.

Pero hacia el final de la década una nueva teoría salió a polemizar con las nociones de Fukuyama y sus descendientes teóricos. Se trata de la teoría de otro politólogo norteamericano, Samuel Huntington, según la cual la historia no puede terminar, porque se hace con los seres humanos. Sin embargo, tampoco será como la conocimos hasta la Guerra Fría: esta nueva historia presentará otros conflictos, que no van a ser entre Estados sino entre las ocho civilizaciones que, según este autor, existen en el mundo.

Debemos recordar que esta visión de la historia con eje en las civilizaciones no es nueva. La desarrolló en el siglo XX el británico Arnold Toynbee en los tomos de su famoso *Estudio de la historia*. Él postuló que el relato de los acontecimientos de las sociedades no puede articularse dentro de las naciones sino en marcos más amplios: las diferentes civilizaciones. Según Toynbee, en la historia de la humanidad existieron treinta y seis; según Huntington, actualmente conviven ocho.

En la nueva situación teórica que este autor postula, en la lucha de las civilizaciones tienen máxima importancia dos de ellas, porque se resisten a someterse al sistema de la civilización norteamericana: se trata de la china y la musulmana, que presentan ciertas características por las cuales los valores de la sociedad norteamericana no pueden penetrarlas.

Además, estas civilizaciones influyen en la existencia futura de la sociedad norteamericana, cada una por una razón crucial. En el caso de China, porque constituye la nación más grande y dinámica del mundo: es tan poderosa demográfica y geográficamente, tan arraigados se encuentran sus valores de organización de trabajo y de progreso, que representa un peligro potencial para los Estados Unidos. La civilización musulmana, por su parte, es peligrosa porque controla el 90 por ciento del petróleo del mundo: entrar en conflicto con esta civilización implica, para la civilización norteamericana, arriesgar sus fuentes externas de abastecimiento de petróleo y, por ende, ponerse en peligro.

Por último, el mundo posterior al 11 de septiembre de 2001 puede verse también a través de una tercera teoría, que pertenece al norteamericano Joseph Nye: vamos hacia un mundo que repite, en cierta medida, la historia de la Roma antigua. Según Nye, vivimos en una nueva bipolaridad, donde se oponen la nueva Roma, encerrada dentro de sus límites, y los bárbaros. Pero, por cierto, este debate es tan vivo que cada mes aparecen en el mundo varios libros nuevos sobre la globalización; ya verán ustedes qué teoría prefieren escoger, para su propio consumo, a fin de entender nuestro tiempo.

MENTALIDAD DE ALDEA

Hay un aspecto de escala del pensamiento humano que, creo, conviene incorporar al debate sobre la globalización. Durante miles de años la mente humana se fue conformando para resultar eficaz en mundos chicos: vivíamos en comunidades y tribus muy pequeñas, de treinta o cincuenta personas, según nos señalan los descubrimientos arqueológicos. Era un mundo de pequeñas comunidades que se movían en búsqueda de comida, tratando de sobrevivir, los vínculos se limitaban a la propia familia o la tribu y sus vecinos próximos. El hombre creía conocer todo el mundo porque conocía su comunidad; ignoraba que existían otras sociedades y moría con la convicción de que conocía a toda la gente.

Así se creó la estructura de nuestra imaginación. Y de pronto, en los últimos treinta años una avalancha de información, de imágenes, de datos atacó a nuestra mentalidad, que no pudo absorber y procesar tanto. Por eso nos resulta muy problemático abarcar los pensamientos globales. Pero la mentalidad debe cambiar con la historia. Ya nadie construye catedrales, por ejemplo, porque representaban una idea de la imaginación como campo ilimitado, que tuvo una determinación histórica y ha perdido su vigencia; tampoco se compone música como la del Medioevo porque hoy nuestra imaginación es diferente a la que tenían los pueblos de ese momento.

Y hoy este fenómeno cambiante que es la imaginación tiene que cambiar de escala, pasar del mundo chico al mundo grande. El gran esfuerzo que eso requiere no va a cumplirse de un día al siguiente. He aquí el problema con que chocamos en la actualidad: no somos capaces de pensar en esas escalas globales y planetarias, pero vivimos en un mundo muy diversificado, complicado e inestable donde fácilmente nuestras cosas pueden cambiar como consecuencia de hechos que no dependen de nosotros.

El hombre sabe que no tiene influencia sobre las cosas grandes; se limita a las pequeñas porque entiende que las puede dominar. Esa tendencia a limitar el pensamiento es un símbolo de nuestra incapacidad para comprender el mundo en que vivimos, un mundo ya globalizado. Pensamos que vivimos en una pequeña aldea, en una calle breve, en una casa.

En esos tamaños se mueve nuestra imaginación. Ésta es la principal de las contradicciones de la mente humana.

LO LOCAL, LO GLOBAL Y EL PERIODISMO

Como periodistas, la tensión entre lo local y lo global nos toca particularmente. Para aquellos que trabajan en el centro del mundo, todo lo que allí sucede tiene automáticamente valor central por sí mismo. Pero para los que trabajamos en la gran periferia es muy importante entender que debemos buscar lo universal en cualquier tema, aquello que revela el mundo entero en una gota de agua. Porque una gota de agua contiene al mundo, pero hay que saber encontrar el mundo en una gota de agua. Cada vez que nos proponemos escribir acerca de un tema, debemos preguntarnos qué tiene de universal: cuál metáfora, símbolo o signo que nos permita pasar de lo pequeño a lo grande. Debemos hacer una reflexión porque sólo si encontramos este vínculo, este pasaje entre lo local y lo universal, nuestro texto tendrá peso y valor. Sólo así el lector descubrirá en nuestro texto, junto a la historia concreta, un mensaje universal, una pista que le ayude a descifrar las leyes del mundo.

¿Por qué algunos textos pueden vivir cien años y otros textos mueren al día siguiente de su publicación?

Por una diferencia capital: los textos que viven cien años son aquellos en los que el autor mostró, a través de un pequeño detalle, la dimensión universal, cuya grandeza dura. Los textos que carecen de este vínculo desaparecen.

Conviene tener presente este requisito de universalidad también a la hora de recoger el material, mientras investigamos nuestros temas. Es una cuestión de talento, de intuición, pero también de amplitud de conciencia, de sabiduría. Y, sobre todo, se trata del secreto para que unos textos perduren y otros se pierdan en el olvido.

Parte V Las preguntas del taller En busca del método

¿Llevó o lleva usted un diario personal?

No, por varias razones. La primera, puramente técnica: la rutina del corresponsal de agencia de noticias ocupa tanto el día como la noche, es tan dura y difícil que no me dejaba tiempo para escribir un diario. Después de una jornada de trabajo -sobre todo en países tropicales, donde el clima es muy duro-, llegaba al hotel muerto de cansancio. La segunda, más personal: soy partidario de escribir cosas muy sintéticas, muy breves, casi aforísticas. Hacerlo requiere de una intensa selección de material, y esa selección la hace de manera óptima nuestra memoria.

Permítanme contarles una historia sobre el gran autor ruso Máximo Gorki, que solía orientar a jóvenes escritores en su trabajo. Una vez uno de esos jóvenes, que después se haría famoso, llamado Konstantin Paustovski, se acercó para pedirle que leyera sus primeros cuentos y le dijera su opinión. Gorki leyó los cuentos, llamó a Paustovski y le dijo: "Mira, joven amigo mío: en tu escritura hay talento, eso se siente, pero todavía es muy juvenil. Mi consejo es que viajes dentro de Rusia, que vivas y trabajes, durante unos diez años, sin escribir en ese tiempo. Ni siquiera tomes notas. Nada. Las cosas importantes que te sucedan se fijarán en tu memoria; y ciertamente no valdrá la pena escribir sobre aquellas que no recuerdes". Yo he seguido este consejo, porque creo que existen tantas maneras de escribir como personas que escriben. Cada uno tiene su propia manera de escribir. Cada uno debe tenerla.

Sé que hay buenos diarios, inclusive aquellos en los cuales se han escrito notas muy monótonas, del tipo: "Me levanté en la mañana, tomé café Y salí al trabajo". Esos diarios pertenecen a gente con una rica vida psicológica que les da la habilidad de hacer relatos bonitos y bellos de esos registros. También son apreciables aquellos diarios que muy rara vez se dan en la historia: los que se llevan en los momentos de grandes acontecimientos no la guerra o en situaciones extremas como la prisión, momentos muy climáticos en los cuales cada evento tiene, además de su importancia real, a. dimensión simbólica o metafórica. Pero fuera de esos casos, muy pocas es el diario merece integrar el conjunto de la gran literatura.

La última razón por la que yo no llevé diarios es que cuando uno lee, el tiempo, de aquello que apuntó en el momento no queda nada, ya todo ,0: la atmósfera y el clima se han ido y lo que resta es un texto muerto ay alguna relación entre i textos periodísticos y su poesía? meneé como poeta, publicando mis versos en la prensa literaria de Polo-. De vez en cuando, todavía, sigo escribiendo poesía. Tengo un tomo

pujado y estoy llegando al punto de reunir poemas para uno nuevo. Lo hago porque para mí la poesía es una rama de la literatura de suma importancia en este género literario donde sobrevive el lenguaje. Las únicas personas realmente se ocupan del idioma -de su riqueza, de su precisión, de su iresión- son los poetas. Un novelista puede escribir cuando ha imaginado la historia, cuando ha delineado los personajes, cuando ha definido la escura de la obra. Pero para un poeta el lenguaje es lo más esencial.

Por eso, si se quiere dominar el idioma, si se quiere escribir de una lera bella, hay que leer poesía constantemente, hay que estar en permanente contacto con la imaginación poética, con el sabor de la palabra que le este género. No hay otro puente de belleza y de riqueza del idioma que la poesía. Por eso hace años ya que no leo novelas, pero sigo leyendo poesía porque allí me encuentro con mi idioma y lo refresco. Delante llevaba usted de ejercicio del periodismo cuando supo hacia dónde quería orientar su carrera ya que no fue un acontecimiento ni una decisión consciente con una a determinada. Nuestros caminos se van desarrollando con nosotros nos, mientras trabajamos sin pensar en ellos.

No obstante, es posible -e importante para nuestro trabajo visto como un todo- crear una carpeta en la que juntemos nuestras cosas, para que de vez en cuando podamos revisarlas y observar si vamos o no en la dirección que deseamos seguir. Es valioso alentar este tipo de ambiciones, aunque no todos podamos ser Ernest Hemingway. Pero todos podemos mantener el estímulo de esta ambición, el deseo de crear algo más allá de publicar a diario nuestro material y verlo desaparecer al día siguiente. Hay tantos periódicos en el mundo, donde salen miles y miles de títulos sobre miles y miles de artículos... Todo se pierde, sin la posibilidad de encontrarlo luego, excepto que cada uno se tome el trabajo de conservarlo.

Hay que sentir orgullo y respeto por lo que uno hace y escribe, porque no conozco otra manera de mejorar la propia práctica que reflexionar de vez en cuando. Leer, por ejemplo, las notas producidas en un periodo y preguntarse si lo que uno ha escrito está realmente a la altura de lo que había querido escribir. Y, si la respuesta es negativa, preguntarse también por qué no fue así, qué pasó o está pasando. Mi propuesta arma algo así como un libro con los textos propios, aunque no necesariamente sea un libro para publicar. Puede ser para aprender. La seriedad de nuestra autocrítica ayuda al desarrollo del periodista, para no escribir una cosa un día y al otro una distinta.

Uno de los grandes peligros de esta profesión es la rutina. Uno aprende a escribir una noticia rápidamente, y a continuación corre el riesgo de estancarse, de quedarse satisfecho con ser capaz de escribir una noticia en un par de horas, convencido de que eso es todo lo que ofrece y requiere el periodismo. En mi opinión, esta es una visión muy peligrosa de nuestra práctica profesional. El periodismo es, al contrario, un acto de creación.

¿Por qué no ha escrito usted novelas u otra forma de literatura de ficción?

Escribo poesía, pero nunca he tratado de escribir novelas porque no tengo ese tipo de talento. No sé cómo se escribe una novela, como tampoco una obra teatral. Es curioso: muchos de mis libros están adaptados al teatro, pero yo nunca he podido desarrollar una pieza teatral original.

Acaso la razón de fondo sea que la vida real me parece fascinante, soy un pobre reportero que, desgraciadamente, carece de la imaginación e un escritor: si la hubiera tenido, jamás habría ido a estos lugares terribles en donde estuve. Por eso la mayoría de las novelas me parece mucho las aburridas que la diversidad de acontecimientos que se puede encontrar en el mundo.

Es muy difícil encontrar alguna novela contemporánea realmente sonante, que aporte a nuestro conocimiento. ¿Quién puede mencionar nombre de un gran escritor francés de nuestros días? Sólo escucho el silencio. Y, sin embargo, en el diario Le Monde todos los días se anuncia una nueva novela francesa. En Francia, entonces, deben aparecer trescientas sesenta y cinco novelas al año. Y vuelvo a preguntar si alguien puede mencionar una -no las trescientas sesenta y cinco, sino sólo una- de esas novelas. Otra vez, silencio.

Personalmente, mi búsqueda se orienta a otros campos, aquellos en los cuales se utilizan las técnicas de la expresión literaria en combinación en otros géneros, un nuevo tipo de literatura que se encuentra en desahilo y que es difícil fijar con una etiqueta. Pero que se puede someter a otra clasificación, un criterio para mí más útil y valioso: no si es o no una novela, sino si es un libro bueno o un libro malo.

Desde la trinchera

¿Cómo llegó a interesarse por el periodismo, y luego a escoger la corresponsalía de guerra?

No sabría decirlo. Creo que nació con este oficio, que no lo elegí. Mis primeros contactos con la palabra escrita me los dio la poesía, que publico desde que iba a la escuela. Después de la segunda Guerra Mundial, cuando en Polonia comenzó a reorganizarse la prensa, se buscaron personas que pudieran escribir -nuestro país contaba con poca gente que tuviera alguna cultura literaria; además perdimos, prácticamente, toda la inteligencia durante la guerra- y pasé de la escuela directamente al periódico.

Cuando me llevaron había cumplido dieciocho años: tan temprano empecé en esta profesión. Al no hallarme en posición de poder elegir algo distinto, fui condenado a este oficio desde mi niñez, y así continué. Tiempo después pasé a la corresponsalía de guerra, ciertamente no por amor al conflicto sino por obligaciones laborales. La vida de corresponsal de guerra no es sólo peligrosa, sino muy dura, muy penosa y poco agradable.

¿De qué manera se trabajaba en medio de los bandos que se enfrentan en una guerra?

Cuando comencé mi trabajo de corresponsal ya tenía, en realidad, experiencia en guerras. Sufrí la primera de niño: la segunda Guerra Mundial. Fue una situación terrible. Mi familia y yo éramos refugiados; huimos, durante cuatro años y medio, de los nazis y de los soviéticos. Mis recuerdos son de un hambre constante. Pasábamos varios días sin comer. Durante el frío corríamos gran peligro: si uno no se alimenta, el frío lo mata. Esa fue una de las razones por las cuales hubo tantas víctimas en los campos de concentración soviéticos donde Stalin encerraba a la gente: se quedaban ahí morían del frío.

Cuando terminó la segunda Guerra Mundial y empezó la paz, yo no sabía qué era eso: pensaba que la guerra era el estado natural de la vida. Me sorprendía que de repente no hubiera muertos, disparos, bombardeos ni hambre. Todas estas cosas me parecieron muy extrañas.

Con esa memoria llegué, muchos años después, a mi trabajo como corresponsal de guerra. No lo escogí, sino que fue parte de la misión que cumplía como corresponsal en el extranjero. Como trabajaba en una encía de prensa polaca muy pobre, que no podía mantener corresponsales en todos los países, como Reuters o Associated Press, me tocó cubrir la actualidad de todo un continente en más de una ocasión. Así fue que estuve en América Latina, en África, en Asia.

Y estuve en esos lugares en la segunda mitad del siglo XX, un siglo que pasará a la historia como la época de las dictaduras, de los autores y del mal humano, pero que en su segunda mitad precisamente alberga un evento singular de la historia humana: la liberación de la mayoría de i pueblos que vivían bajo sistemas coloniales. Nunca antes hubo algo no esto y nunca se volverá a repetir. A mí me tocó ser testigo de ese enorme proceso.

Si tomamos un mapa del mundo de principios del siglo XX y otro de ales, observaremos que muestran dos representaciones totalmente distinto. En el primer mapa existen pocos países independientes y el resto vive diferentes formas de dependencia, colonial o semicolonial. En el según napa se ven países que viven bajo sistemas independientes. Ese fue el efecto de la descolonización: el nacimiento a la escena política de decenas relaciones. Un gran acontecimiento que, además, estuvo acompañado de la migración del campo hacia las ciudades. Al inicio del siglo XX, la población urbana mundial era del 15 por ciento y hoy es del 75 por ciento.

Luego de mis dos primeros viajes como enviado especial -el primean 1956, a India, Pakistán y Afganistán; el segundo, a China, Japón y filipinas- regresé a Polonia pero de inmediato volvieron a mandarme al extranjero. Así fue como conocí África en 1957, porque en ese momento no se convertía en el primer país que ganaba su independencia en ese continente. Tras cubrir el evento que inauguró el proceso de independiente África, seguí ocupándome de los problemas del continente hasta mío en 1972 me enviaron como corresponsal permanente. Pasé allí varios años, que resultaron tiempos muy agitados: había muchas guerras, muchos golpes de Estado, muchas revoluciones. Mi situación era bien difícil: si normalmente se es corresponsal en un país para trabajar la información de ese lugar, a mí me tocaba todo el continente con sus cuarenta y dos países. Y en cada uno pasaba algo, por lo cual debía moverme de un lugar a otro, coleccionando las guerras, los golpes de Estado y las revoluciones. Por eso sostengo que no elegí ser corresponsal de guerra, sino que me tocó hacerlo por encontrarme regularmente en alguna.

¿Cuáles son los principales peligros de hacer periodismo en condiciones extremas?

Se habla mucho sobre los peligros que corre el corresponsal de guerra, y hay buenas razones para hablar del tema. Cada año mueren en diferentes campos de batalla alrededor de cien periodistas que cubren la guerra voluntariamente. Vamos a esos escenarios de peligro por diferentes razones, pero siempre sin obligación alguna y siempre con miedo. No he encontrado aún a alguien que en esas circunstancias no tenga miedo. Todos lo sentimos. El miedo es una emoción que hay que reconocer y respetar, porque es muy humana. La única diferencia aparece cuando algunos saben

controlarlo y otros no. Los que son incapaces de controlar el miedo se van del oficio: se resignan y lo dejan. Los que saben hacerlo conforman un grupo reducido: periodistas que hace años se dedican a cubrir guerras y entre ellos se conocen y se ayudan.

Entre los principales peligros de hacer periodismo en condiciones extremas mencionaría el alto grado de accidentes por las características que tiene la guerra en lugares como África o Asia. Como en cualquier guerra, reina un tremendo desorden y es posible ser agredido o caer muerto en esas circunstancias; pero, además, en estas guerras no hay fronteras visibles y no se puede saber de qué parte llegará el ataque. En estos lugares se utilizan emboscadas y uno puede resultar herido en cualquier camino: el fuego puede abrirse mientras uno camina por una vereda.

Otro peligro a destacar son las minas personales. Se trata de un arma horrorosa de las guerras modernas. En el mundo se calcula, hay un dos millones de minas sembradas. Una razón económica explica esta abundancia: son armas baratas que cuestan entre cuatro y cinco dólares. También contribuye el hecho de que sean fáciles de manejar y de sembrar: un niño puede colocarlas. En cambio, quitarlas resulta difícil y costoso.

En países como Somalia, por ejemplo, todas las regiones están sembradas de minas porque no hay recursos disponibles para limpiar la tierra. Las víctimas frecuentes de estas armas, que matan y mutilan, son los niños -que juegan sin saber qué peligro enfrentan- y el ganado. Esto, a su vez, genera hambre: las tribus que viven del pastoreo, se quedan con las manos vacías cuando su ganado muere por pisar minas. Por último, estas armas destruyen la estructura de comunicación de estos países, porque se las siembra en las rutas.

Los niños constituyen, en sí mismos, otro peligro: algunas de estas guerras están hechas por niños, que resultan soldados más crueles e irresponsables que un hombre maduro porque carecen de instinto de supervivencia. Antes de comenzar una ofensiva, a estos niños les dan muchas drogas para convertirlos en tropas sin miedo, tropas realmente peligrosas porque van directamente a la muerte.

Estos muchachos llegan al ejército porque es el único lugar donde pueden comer. No tienen padres; sus madres tienen diez hijos como ellos. Están librados a su suerte. Por eso, para sobrevivir tratan de enlistarse en las tropas. Allí tienen comida y un lugar en el mundo, y se sienten importantes porque empuñan una Kalashnikov o cualquier otra arma. Si llegan a una aldea, aterrorizan a todos: la gente huye o les da lo que ellos piden, y eso les otorga un sentido de fuerza y poder con el que gozan.

Cuando un corresponsal de guerra no tiene otra manera de llegar a los terrenos de batalla que guiado por esos niños drogados, enfrenta la seria posibilidad de morir. Su dilema es ir con ellos o no ir, que significa incumplir con sus deberes de periodista. Pero ir implica la posibilidad de que lo puedan matar: queda en manos de personas que, cuando tienen un camión, por ejemplo, lo manejan a doscientos kilómetros por hora sin mirar nada, matándose muy a menudo a sí mismos. Hay mucha muerte innecesaria, muerte que ni siquiera sucede en la lucha: mero desperdicio de vida humana.

Pero además de estos riesgos a los que quedamos expuestos, el aspecto más duro del trabajo de corresponsal de guerra son las condiciones normales de vida. Son terribles: no hay qué comer, ni dónde dormir; no hay medicinas si uno se enferma, un agravante para las enormes distancias que hay que recorrer ya que, por lo general, estas guerras

se dan en lugares apartados de la llamada civilización. Un hospital cercano puede estar a novecientos kilómetros, que hay que recorrer por vías que no son precisamente buenas carreteras. En síntesis, si uno resulta herido en esas condiciones, con toda probabilidad va a morir. Es muy difícil aguantar. También en otro sentido: aunque a uno no lo maten, se termina cansado de ese tipo de experiencias.

Algunas escenas de sus libros narran ocasiones en las que usted estuvo a punto de perder la vida*

¿Qué lo llevó a ponerse en riesgo?

No fue amor a la violencia o a las tragedias humanas, sino una razón muy sencilla: yo andaba por el mundo como periodista en tiempos muy agitados. En todos los continentes, en cada uno de sus países, pasaban muchas cosas, y me mandaban, precisamente, para cubrirlas. Ese era mi oficio. Tenía que moverme de una guerra a la otra, así titulé uno de mis libros: De una guerra a la otra. No fue por placer, entonces, sino por deber. Pero esa experiencia me permitió comprender algo muy positivo: que la muerte es una experiencia de vida de suma importancia. Es muy difícil expresar esto, pero vivir esta clase de acontecimientos influye en el carácter del hombre.

Hay dos tipos de situaciones extremas, que generan sentimientos y experiencias muy distintos: una, cuando estando en una zona de peligro se tiene conciencia de que alguien nos puede matar; otra, cuando uno ya sabe que va a morir, porque ha sido condenado por un veredicto, y solamente espera el desenlace con la certeza de que atraviesa sus últimos momentos de vida. Yo sentí esto, y lo narro en mi obra. Es un momento terriblemente duro, pero me quedó la impresión de que el cuerpo humano posee mecanismos que nos anestesian por dentro en ese momento. Las personas que saben que van a morir, como los condenados, no oponen resistencia porque dentro de sí ya están totalmente paralizadas, ya están muertas. Lo único que les falta es la muerte física.

¿Cómo sobrevivió a esas situaciones de riesgo o muerte inminente?

Por suerte. Creo mucho en la suerte. En mi vida, de hecho, hay muchas páginas sin explicación, muchos aspectos de los cuales no puede dar cuenta la razón. ¿Qué ocurre cuando, en la misma circunstancia, uno sobrevive y otro muere? No hay ninguna explicación racional para eso, nada que uno pueda decir tendrá sostén científico. Mucha gente cayó al lado mío, y yo no. Me preguntó por qué y no lo sé explicar. Ese misterio de la suerte es parte de la riqueza de nuestra vida.

¿Qué significa para usted la guerra?

Muchas cosas. Primero, porque el mundo de las guerras cambió mucho: se acabaron los conflictos de grandes escalas y desde hace veinte años no tenemos en el mundo ninguna guerra seria entre Estados. Hay pequeñas escaramuzas fronterizas, pero nada más. Se produjo una especie de proyección del posmodernismo al campo de las guerras, de modo tal que el fenómeno se dispersó y a falta de grandes guerras tenemos numerosos conflictos armados de tipo interno, más de sesenta en el mundo contemporáneo. En segundo lugar, un hecho paralelo profundizó las transformaciones: la privatización de la violencia. Cada día más, el conflicto constituye un asunto privado entre particulares.

¿Cómo puede el periodismo cubrir guerras o conflictos sin alimentar los odios y rencores que los generaren?

Eso depende de la conciencia y la responsabilidad de los medios. Si buscan soluciones humanas y positivas, deberían comprometerse a conocer profundamente los problemas y las razones de esas situaciones y nunca utilizar el idioma del odio que alimenta el conflicto armado.

Con respecto a los periodistas en situaciones de ese tipo, su primera característica a procurar o conservar es la de ser humano, y hablar o escribir con un lenguaje de entendimiento y de comprensión de la paz, sin utilizar el odio o estimular la venganza. Creo que nuestro papel, cuando escribimos sobre la guerra, consiste en recordar y entender que estamos ante una situación trágica para todos sus participantes. La guerra es el único fenómeno humano en el que todos son víctimas, todos pierden, todos terminan infelices. Además, una vez que una guerra empieza resulta muy difícil terminarla. Hay guerras que llevan treinta años sin perspectiva alguna de que vayan a acabar. Cuando uno escribe sobre estas sociedades destruidas por años, por generaciones, debe tener en cuenta lo que padecen, la desgracia que sufren, la tragedia que atraviesan.

¿Cómo asumió la soledad durante su vida como periodista y qué importancia tuvo en esos momentos el amor?

Siempre tengo problemas al contestar preguntas de este tipo, porque yo no sufro la soledad. En los encargos del corresponsal .hay tanto trabajo, siempre tanto para resolver, que uno vive muy rodeado de ocupaciones. La única soledad que existe para mí consiste en formar parte de una muchedumbre. Conmigo mismo no siento soledad: tengo tantas cosas que analizar y hacer, tantas ideas que revisar, que ando siempre corto de tiempo. En cambio, cuando estoy entre la gente me siento realmente solo. Creo que ese sentimiento proviene del miedo a ser agredido, atacado, aplastado. En ese momento siento que el mundo me ha dejado solo.

Pero con respecto al trabajo, diría que existen dos leyes para el reportero internacional: la primera, que siempre viaje solo; la segunda, que esté adentro de la cultura sobre la que tiene que informar.

Es muy importante que no nos acompañe ninguna persona porque esa compañía, por más querida que sea, influye con su comportamiento y sus palabras en nuestra percepción del mundo. Sólo nos podemos hacer una imagen de aquello que tenemos que narrar cuando estamos solos frente al hecho o a las personas.

Igualmente decisivo es conocer aquella sociedad en la cual ha sucedido un hecho que debemos narrar: hay que estar adentro en el sentido textual, con toda la mentalidad, la memoria, las pasiones. Hay que tratar de estar lo más cerca posible de esos acontecimientos que suceden a pueblos culturalmente ajenos a nosotros. Insisto con la necesidad de desarrollar un sentimiento de empatía: tenemos que tratar de estar en un cien por ciento dentro del medio al que nos enviaron, porque para entender algo de otras culturas hay que tratar de vivirlas. Un reportero debe estar entre la lente sobre la cual va a escribir. La mayoría de los habitantes del mundo vive en condiciones muy duras y terribles, y si no las compartimos no tenemos derecho -según mi moral y mi filosofía, al menos- a escribir.

Recuerdo cuando llegué a una aldea de Senegal, en África, algo que cuento en mi obra. Como no había luz eléctrica, había que comprar una pequeña linterna china que costaba un dólar. Pero nadie en esa aldea tenía un dólar. Cuando llegaba la noche, la gente se juntaba. Desde las siete empezaban a contar historias, y aunque no tenían ni televisión ni Internet disfrutaban de algo tan valioso como ese momento tan bello, tan poético.

A las once de la noche todo el mundo marchaba a dormir, algo que para un reportero constituía en sí una experiencia realmente dura, sin contar lo que sucedía además durante la noche. Se dormía sobre el piso de pura tierra, en casitas pequeñas de adobe, acomodado entre toda una familia, lo cual significa muchas personas. Pero entre la noche terriblemente calurosa y la invasión de mosquitos era imposible dormir, así que uno se quejaba quieto hasta que aparecía el sol a las seis de la mañana.

Era una experiencia bastante difícil, pero si no la compartía no podría haber comprendido la vida en África. Si pasaba la noche en el Hilton 3 en el Sheraton, no habría tenido conciencia de todos esos hechos que ha-; en esas vidas. La profesión de reportero requiere, para poder escribir, que este tipo de experiencias se sientan en la propia piel.

La censura

¿Qué hacer cuando uno ha invertido tiempo y trabajo investigando un caso al que el medio, por ser importante y fijar agenda, decide otorgarle poco espacio?

Voy a emplear la palabra censura, porque es la situación que se presenta en casos como éste. En toda la prensa, realmente en todos los medios, existe la censura. Y cuando nos toca debemos tomar una decisión: publicar o no. Los periodistas que vivimos bajo el sistema comunista conocimos gobiernos de cincuenta años de censura, lo cual nos dio una gran experiencia en este sentido.

En este caso el dilema que enfrentamos consiste en permitir que corten nuestra historia y que así, censurada, aparezca en un periódico de gran tiraje o publicar la historia completa en una revista para quinientos lectores. Siempre tendremos estas tensiones éticas en nuestra conciencia, que nos harán preguntarnos cómo conviene actuar en estas condiciones.

En los países donde existía la censura, el sistema proveía la solución al dilema: se permitía publicar estas historias, verdaderas y completas, solamente en revistas de escasa tirada. Podíamos publicar todo, con una única condición: que no se editaran más de cien ejemplares. Cuando un periodista traía una crónica a un periódico de gran tiraje, la oficina de censura le decía: "Señor, eso no se puede publicar aquí. Pero lo puede publicar en una revista pequeña".

Es cierto que, si cortamos la historia, faltarán ciertas cosas; pero -cosa mucho más valiosa- aparecerá en un periódico de gran tiraje. El impacto de esa historia, aun publicada parcialmente en un medio importante, será más grande que si saliera con toda su verdad en una revista que muy poca gente a leer y calcular qué será mejor para el bien común, para la opinión pública, y para la causa misma de la historia. Seguramente será que llegue, aunque reducida, al mayor número de lectores que se pueda.

Mientras más grande sean el periódico, el canal de televisión y la estación de radio, mayor será la censura. En esos terrenos siempre juegan otros intereses antes que la verdad. Y en ese juego no hay una respuesta buena. Hay que luchar y negociar, porque no hay otra solución que hacer los mejores compromisos que podamos para nuestra misión profesional.

¿Qué puede contar acerca de sus propios enfrentamientos con la censura, y de la manera en que se resolvieron?

La censura fue muy dura para los periodistas que trabajamos durante el comunismo, pero con los años aprendimos a engañarla. Por otra parte, hubo momentos en los que, debido a las luchas internas del partido gobernante, surgieron algunos grupos más liberales, que permitieron periodos en los cuales se pudo escribir más. Pero para los corresponsales extranjeros la situación fue distinta, porque a la dictadura le interesaba saber lo que pasaba en el mundo, de manera que escribíamos toda la verdad. La censura venía después: era para el público, pero no para los dirigentes del gobierno.

Los periodistas de agencia escribíamos todo, desde África, América Latina o cualquier otro lugar del mundo. Enviábamos las noticias a la central -en mi caso, a Varsovia- y allí se realizaba una división de lo que habíamos escrito: una parte, autorizada, se publicaba; la otra se imprimía en boletines especiales, que no se vendían en la calle sino que llegaban a un reducido grupo de dirigentes. Esta selección tenía lugar fuera de nuestra conciencia y nuestra participación.

La censura tiene una historia larga, con matices para contar porque no todos los países comunistas la tuvieron de modo formal. En la Unión Soviética, paradójicamente, no fue necesario crear una instancia especial: el mismo editor del diario, la radioemisora o el canal actuaba como censor. El partido gobernante mandaba a su gente a los puestos de jefes de redacción y ellos, de modo práctico, ejercían el rol de filtro. Muchos rusos aprendían polaco para leer nuestra prensa, porque comparada con la de ellos era libre. Incluso en la década de 1980, durante la época del movimiento Solidaridad, nuestra prensa fue prohibida en la Unión Soviética.

No fue fácil trabajar bajo el régimen socialista. Polonia era un país más pobre que Checoslovaquia o Hungría, y para balancear esa situación teníamos más libertad, aunque la censura existía de forma institucionalizada. Digamos que sabíamos engañar al sistema. Por ejemplo, cuando publiqué [^] Emperador -que inicialmente salió por entregas en el seminario literario del periódico- los lectores creyeron que se trataba de una alegoría del poder del Comité Central. En ese momento existía una ley por la cual una vez que el texto pasaba por la censura, no podía volver a ser censurado: al publicarlo por entregas. El Emperador se convirtió en pedazos muy inocentes, que sólo al aparecer en conjunto, como libro, se revelaron muy críticos de la clase gobernante. Pero como ya había pasado por la censura para su publicación en el diario, el texto no podía ser sometido a escrutinio por segunda vez. De todas maneras, la censura encontró un método para atacar este libro: limitar su circulación.

Hubo otras obras literarias muy críticas que fueron publicadas como ejemplos: para demostrar al mundo occidental que en el país conocíamos la libertad de expresión. En esos casos, la censura permitió un tiraje de cien a quinientos ejemplares. De esa manera, no se podía decir que los libros no habían podido ser publicados; al mismo tiempo, en la práctica ningún lector podía acceder a ellos.

Algunos temas no se podían tocar. Por ejemplo, no se podía ofrecer miradas críticas sobre temas de la Unión Soviética: esos asuntos estaban completamente prohibidos. Sobre otros temas se podía expresar la verdad con libertad. Por ejemplo, a nadie le interesaba mucho lo que sucedía en África, porque estaba lejos y no ponía en peligro los poderes reinantes: muy pocos se ocupaban de lo que se escribía sobre el Congo, Senegal o Nigeria.

Distintos factores determinaban los límites y las posibilidades de nuestra labor: el tiempo, el método, el tema. Los que trabajamos en el sistema sabíamos más o menos cómo escribir en ese ambiente. Los periodistas y escritores no vivíamos en un mundo oscuro de censura, sino en un conflicto permanente, una lucha constante por el derecho a publicar algo de la verdad.

Por eso creo que la peor experiencia de aquellos tiempos fue la autocensura. Abandonar la pelea diaria por encontrar un camino de expresión implicaba una situación psicológica de resignación ante la adversidad que vivíamos. Decir, por ejemplo: "No voy a escribir esto, porque de todas maneras la censura no me va a permitir publicarlo". Más allá del daño a la sociedad que provoca la censura como institución, también nosotros sufríamos el daño de la autocensura que disparaba nuestros mecanismos de silencio internos. Y si bien la gente de poco talento se escudaba en los controles para no escribir determinadas cosas, es cierto que en general la censura produjo una influencia negativa en todos los que nos dedicábamos a la producción literaria y periodística. Pero también hubo gente que no sólo luchó contra la censura, sino que le dio pelea a su censor interno, acaso más peligroso que el mecanismo exterior.

Consultorio de dilemas

¿Cuál es el principal reto que enfrenta un periodista en esta nueva era de la información?

Siempre el principal reto para un periodista está en lograr la excelencia en su calidad profesional y su contenido ético. Cambiaron los medios de coleccionar información y de averiguar, de transmitir y de comunicar, pero el meollo de nuestra profesión sigue siendo el mismo: la lucha y el esfuerzo por una buena calidad profesional y un alto contenido ético. El periodista tiene el mismo objeto que siempre: informar. Hacer bien su trabajo para que el lector pueda entender el mundo que lo rodea, para enterarlo, para enseñarle, para educarlo.

¿Como evalúa la formación de los periodistas hoy en día?

Nuestro oficio cambió enormemente en los últimos veinte años. Como señalé antes, el periodismo solía ser patrimonio de un reducido grupo de personas admiradas por su sociedad, que lo ejercían como una actividad intelectual y política. Con la revolución tecnológica que afectó a las comunicaciones, en la actualidad montones de gentes ejercen el periodismo o, mejor dicho, trabajan en los medios.

Nuestra profesión se masificó, como consecuencia de lo cual ahora cualquiera es periodista. En cada pueblo hay una iglesia y una escuela de periodismo. Todos son periodistas: todos escriben, todos hacen radio, todos conducen programas. Difícilmente puede haber calidad en semejante cuadro. Si bien en Europa y América Latina tenemos muy buenos periódicos y revistas, buenas estaciones de televisión y de radio, el grueso del periodismo se mantiene en otro nivel. Si casi un millón de personas trabajan en los medios del mundo, habrá unos diez mil buenos.

¿Qué piensa de la objetividad?

Dos escuelas de periodismo en la historia del mundo han defendido distintas filosofías y reconocido distintas raíces: la escuela del periodismo anglosajón y la del periodismo europeo continental.

La primera concibe a la prensa como el cuarto poder: junto al Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, el periodismo participa en las sociedades modernas tal como las conocemos. La fuerza de esta corriente es, precisamente, la llamada objetividad: la noticia que presenta los hechos tal como sucedieron debe presentarse separada del comentario que los interpreta desde un punto de vista determinado. Cada diario que suscribe estos principios organiza a sus periodistas en dos categorías: los que escriben la noticia pura y los columnistas. Estos últimos, normalmente, son periodistas maduros que han llegado a cierta posición en su carrera; los demás escriben las noticias del día. La segunda escuela ve a la prensa como un actor más en la lucha política: los periódicos europeos nacieron como instrumentos de partidos y de gobiernos. Por eso no escondían el hecho de que no eran independientes; al contrario, su fuerza estaba representada en la defensa de un ideal o una causa. Para esta concepción que trata de convencer al lector, noticia y comentario no existen de modo separado, sino que un artículo debe tener como fin no sólo informar sino también exponer las ideas y posiciones del autor.

Actualmente, en la prensa del mundo se da una mezcla de estas dos filosofías, de manera tal que en la prensa europea la objetividad es un hecho natural pero no una obsesión.

En un plano más personal, siento que esta teoría llamada objetividad es totalmente falsa y produce textos fríos, muertos, que no convencen a nadie. Yo soy partidario de escribir con pasión. Cuanta más emoción, mejor para el lector. No tengo dudas sobre esto: los mejores textos periodísticos han sido escritos con pasión, transmiten que uno está verdaderamente vinculado y metido en el asunto del cual escribe. La emoción da fuerza al texto.

¿Qué tendencias vislumbra en el periodismo actual, tomando en cuenta las diferencias entre el reportero de calle y el naciente reportero de Internet, que puede hacer el trabajo desde su casa?

Estos nuevos fenómenos marcan los cambios que están sucediendo en el periodismo, que naturalmente están asociados a los cambios que tienen lugar en el mundo. Pero en mi opinión el verdadero periodismo es el de contacto vivo con la gente y con las situaciones: ese conocimiento directo constituye la base del reportaje serio y con ambiciones literarias.

Internet ofrece un periodismo de información inmediata, sirve mucho para acelerar la transmisión de datos, para divulgarlos rápidamente por el mundo. Sin embargo, acumular una enorme cantidad de información no sustituye al razonamiento, la reflexión, el entendimiento. Corremos el peligro de llegar a una situación en la cual los datos abundan pero nuestra imaginación no sepa cómo procesarlos y utilizarlos en nuestra vida práctica. Esta contradicción sintetiza el drama de nuestra cultura: acumulamos más y más datos, más y más rápidamente, pero hacerlo no nos ayuda a entender ni mejorar el mundo.

En 1994 se realizó en Alemania, en la ciudad de Bielefeld, un Congreso Internacional de Sociología sobre el tema de la violencia organizada en el mundo. Allí se presentaron cinco mil ponencias sobre robos, mafias, pobreza y violencia organizada; cinco mil trabajos cada uno de los cuales estaba lleno de datos. Pero haber acomodado todo lo que sabían los especialistas sobre este tema no nos ayudó, en los años que siguieron, a estar siquiera un paso adelante en dirección al progreso.

Debemos estar en guardia ante los que tratan de crear un nuevo tipo de mito, según el cual el desarrollo de los medios de comunicación resolverá los problemas de la humanidad. Instalar computadoras conectadas a Internet en la pobre África no terminará de una vez y para siempre con todos los problemas del continente. No podemos dejarnos engañar por esa falsa utopía que algunos están construyendo frente a nuestros ojos y nuestra conciencia. Los problemas reales de las sociedades contemporáneas, especialmente las que están en vías de desarrollo, no se resuelven con Internet.

¿Por qué cree usted que los cínicos no sirven para este oficio, como se titula un libro que recoge sus opiniones sobre el periodismo?

No creo que un periodista de verdad pueda ser cínico. De hecho, durante toda mi vida no conocí siquiera a uno que lo fuera, y me permito decir que traté con varios. Eso se debe a que nuestro éxito profesional depende de los otros: no podemos ser cínicos porque la esfera en la que desarrollamos nuestra profesión se construye entre nosotros y los otros. Ahí se juega todo: la gente nos mira y nos evalúa, constantemente, y advierte la diferencia entre un periodista que pregunta sobre problemas que realmente lo preocupan y otro que llegó al lugar para obtener un par de respuestas sin compromiso alguno, y partir. Sin empatía, esa habilidad de sentirse inmediatamente como uno de la familia, no es posible compartir los dolores, los problemas, los sufrimientos y las alegrías de la gente.

Insisto: el tipo de relación que establezcamos con el otro definirá nuestro trabajo: si fallamos en este sentido, no podremos hacer bien nuestra profesión; a la inversa, si establecemos intercambios humanos intensos y ricos, encontraremos la fuente de nuestro material.

¿Que opina del trabajo del escritor contemporáneo?

La situación del escritor cambió desfavorablemente. Antes su deber se limitaba a la creación de sus libros; ahora no sólo escribe sino que debe encontrar editorial, perder el tiempo en la promoción, hacer sus propias críticas. Prácticamente nos convertimos en esclavos de la profesión, con escasas posibilidades de dedicarnos libremente a escribir.